EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SUPLICIO DE UN HOMBRE,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Saucho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Jaan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las floresi de Don Juan.
Las aparrencias.
Las gueeras civiles.
Leccions de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdido
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (ale
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mama.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

EL SUPLICIO DE UN HOMBRE.

412'11

EL SUPLICIO DE UN HOMBRE,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR DON MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ,

Y

DON J. C. RODRIGUEZ.

Representada en el teatro del Circo de Madrid en Enero de 1866

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAS.	ACTORES.
PEPITA	Doña Adelaida Alvarez.
DOÑA MARGARITA	Doña Clotilde Lombia.
DOÑA ILDEFONSA	Doña Emilia Dansant.
TERESA	Doña Adelaida Zapatero.
ANTONIA	Doña Trinidad Sabater.
DON RUFINO	D. Juan Catalina.
DON RAMIRO	D. Manuel Pastrana.
SANTIAGUILLO	D. Emilio Mario.
CÁRLOS	D. Eduardo Rodriguez.
TOMÁS	D. Telesforo Garralon.
UN DEPENDIENTE	D. José Vidales.

La escena pasa en Madrid, y en el año 186...

La propiedad de esta obra pertenece á D. Juan Catalina y don Mariano Carreras y Gonzalez, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Despacho de un rico comerciante con enrejillado de madera á la izquierda del espectador cubierto con cortinillas verdes, todo él figurando ocultar otro departamento donde trabajan los dependientes del escritorio: mesa de despacho á la derecha con estanteria detrás: otra idem mas pequeña al lado del enrejillado: Sillas, velador etc., etc. Puertas al foro y á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS y TOMÁS, despues SANTIAGUILLO. Cárlos está sentado y escribiendo. Tomás dentro del enrejillado.

CÁRLOS. Dime, Tomás.

TOMÁS. (Dentro.) Qué quieres?

CÁRLOS. Cuántas piezas de gró son las recibidas de Valencia?

TOMÁS. Cuarenta y cinco. (Sacando la cabeza por el enrejadillo.)

CÁRLOS. Y se les han puesto las etiquetas francesas?

TOMÁS. (Saliendo.) No tengas cuidado, que cuando bajen al almacen darán un petardo al mismo Mr. Baudillard de la rue du Sentier.

CÁRLOS. Manufacturas de Lion para al público, valencianas para nuestros libros.

TOMÁS. Lo mismo da.

SANT. Á la paz de Dios, señores; no hay que incomodarse, que soy yo, Santiaguillo.

TOMÁS. Hola! buena alhaja.

CARLOS. Jardinero seductor!

TOMÁS. Andaluz redomado!

SANT. Es favor que ustedes quieren hacerme... De Caramanchel, pa servir á ustedes.

TOMÁS. Entonces, por qué hablas con ese acento que trasciende á cordobés á media legua.

SANT. Le diré á usté, como yo he sido de tropa... los sordaos viejos, toos son andaluces... aunque hayan nacido en Vitigudino.

CÁRLOS. Pero hombre, tú estás licenciado.

SANT. Si señor... y viudo... y establecido en mi mismo pueblo... pero qué quie usté... el que tuvo retuvo, y...

TOMÁS. Ya!... y qué traes tú por aquí.

SANT. Pues vengo de Caramanchel... y está el jardin como un cacho é gloria, vamos al decir... Pero miste .. estoy cansao... Pueo sentarme?

CÁRLOS. Como en tu casa.

SANT. Que si quieres!... Aquí está blando y mas... Me repanchigaré tan y mientras que sale el amo.

TOMÁS. El amo no está en casa.

CÁRLOS. Pero está la suegra... Si quieres algo...

SANT. Doña Alifonsa!... (Levantándose.) Dios me libre!

TOMÁS. y CÁRLOS. (Riendo.) Já, já! Se conoce que le es tan simpática como á nosotros.

SANT. Y como á todo el mundo! Si en Caramanchel nadie la puede atravesar. Aquello no es mujer; es un guardia cevil.

TOMÁS. Y un escribano y un juez.

CÁRLOS. Y un alguacilillo de la plaza de toros.

TOMÁS. Todo lo ve, todo lo huele é inspecciona.

CÁRLOS. Como que aquí no se hace nada sin que ella lo dis-

ponga.

SANT. Si el amo no fuera un memo...

CÁRLOS. Ya, ya; pobre principal.

TOMÁS. Lo peor es que siempre está con el Código en la boca, y la ley de Partida... y le hace á uno pasar unos sustos...

CÁRLOS. Como que es viuda de un juez.

SANT. Toma, y eso que tiene que ver para pertenecer al bello sexo? Créanme ustées; doña Alifonsa no es jembra: es... es... un elefante con miriñaque.

TOMÁS y CÁRLOS. Já, já, já! Elefante doña Ildefonsa! Si te oyese...

SANT. No lo premita Dios; mejor quisiera habérmelas con un regimiento. Miren ustedes: ustedes ya saben que yo soy aficionadillo á las hijas de Eva?

TOMÁS. Camastron!

SANT. Las mujeres son flores, y como soy jardinero... Pues bien; entre Ceuta y doña Alifonsa, prefiero á Ceuta.

TOMÁS. Chist! El principal.

ESCENA II.

DICHOS, RUFINO, que entra con el sombrero encasquetado, las manos en los bolsillos y sin ver á nadie: despues TERESA.

RUF. (Bajando al proscenio y hablando consigo.) El médico me ha mandado una horchata de arroz para que refresque, y unos sinapismos para sacarme el calor fuera. Horchata para refrescar el Vesubio. Yo tengo aqui el Vesubio! (Señalando la frente.) Sacar fuera el calor del Etna! Yo tengo aquí el Etna. (Señalando el corazon.)

CÁRLOS. (Qué le pasa?)

RUF. Y me preguntaba el estúpido: «Qué tiene usted?» Pues majadero, te pagaré yo mis veinte reales para decirte lo que tengo? Adivínalo tú y cura, que para eso eres médico; yo sufro y pago, para eso soy enfermo.

TERESA. (Entra corriendo por el foro con una carta en la mano.) Señor! Señor!

RUF. (Extremeciéndose.) Eh? Qué es eso! Qué hay?

TERESA. Hay un mozo de cuerda.

RUF. Tráeme la cuerda y quédate con el mozo.

TERESA. (Asombrada.) Señor! Y para qué me sirve? Si es un mozo que trae otra carta.

RUF. Otra! Sí, sí. Dame. Dónde estan las señoras?

TERESA. En el tocador; van á salir á hacer visitas.

RUF. Trae! Toma! (Guardando la carta y dándola una peseta.) Treinta y cuatro cuartos. Lárgate.

TERESA. Voy corriendo.

ILDEF. (Dentro.) Te espero, te espero, hija.

RUF. Mi suegra: disimulemos. (Tose, se quita el sombrero, se arregla la corbata y sale por la puerta derecha.)

SANT. Si estará loco el amo.

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA ILDEFONSA.

ILDEF. (En traje de mañana, por el foro izquierda. Se dirige á Cárlos y Tomás.) Qué es esto, señores, qué es esto? Qué modo tienen ustedes de cumplir con sus deberes civiles y canónicos? Han oido ustedes misa hoy? Apostaria á que no.

CÁRLOS. Sí, señora; antes de entrar en el escritorio.

ILDEF. Y despues de entrados, creen ustedes haber cumplido con echar cuatro párrafos mano sobre mano, descuidando sus obligaciones y justificando la ley de vagos? Al escritorio! Al escritorio! á ocuparse de sus tareas respectivas.

CÁRLOS y TOMÁS. (Entrando humildemente en el escritorio.) En seguida.

SANT. (Cuando digo que es un juez...)

ILDEF. (Viéndole.) Ah! es usted, jardinero.

SANT. Sí, señora. Servidor de vuestra señoria.

ILDEF. (Con desdeñosa importancia.) Le he suplicado muchas veces que no me dé un tratamiento que no me pertenece desde que murió mi respetable esposo. (Santiago se inclina.) Y qué viene usted á hacer en Madrid?

SANT. Vengo á pedir permiso al amo pa comprar semillas.

ILDEF. Mas semillas! Y las que compró usted el sábado pasado? Usted come semillas.

SANT. Sí, señora. Pero puedo jurar que no son de esas. Cuando se trata de flores yo soy mu concienzudo. Las de garbanzos y judias pa la huerta, suelen alguna vez echarlas en el puchero, la chica como es tan distraida... pero las de capuchinas y resedas, nunca.

ILDEF. Ya! Es reseda lo que hace falta?

SANT. Sí, señora; pa unos cuadros que...

ILDEF. (Interrumpiéndole.) Escuche usted, Santiago. Tengo que hacerle una pequeña advertencia. Segun he sabido, su conducta de usted no es la mas edificante á pesar de su estado.

SANT. Señora, soy viudo.

ILDEF. Pero con hijos, y sin consideracion á ellos, ni á lo que usted se debe á sí mismo: y sobre todo, á la respetable casa en que come usted el pan, parece que se deja usted influir por su aficion á las aventuras escandalosas; en una palabra, es usted el juguete de sus pasiones.

SANT. Señora, yo! (Turbado.) (Cómo habrá sabido...

ILDEF. Pero viva usted sobre aviso! El ojo de la justicia vela por la moralidad de *todos* los dependientes de esta casa, á cuyo frente estoy, y la ley caerá con todo su rigor sobre el que atente á destruir ó desnivelar su reputacion y crédito tradicionales.

SANT. Señora... yo... la verdad es que... mire su merced... yo soy un chico como si dijeramos, y mi mujer... vamos, tenia mas cuando murió... y no digo que. . pero ultrajar su memoria?.. nunca. (Llorando.) Pobrecita mia!... antes me tiro á la noria de cabeza! jí, jí, jí! (Cómo demonios habrá sabido...)

ILDEF. Sin embargo, esos repetidos viajes á Madrid...

SANT. Si vengo á comprar. (Llorando) ¡Simientes!...

ILDEF. Mucho siembra usted, señor Santiago; pero tenga usted presente que no quiero malos ejemplos para mi yerno... los criados de mi casa han de poseer estas cualidades... La continencia de Escipion el Africano, el santo pudor de la infancia, y la sobriedad del camello...

SANT. (Y dónde busco yo un camello ahora?)

RUF. (Dentro á gritos.) Te juro que no.

MARG. (Dentro.) Nada, no escucho nada.

ILDEF. Mis hijos: he dicho, Santiago, no olvide usted mis palabras.

ESCENA IV.

DICHOS, RUFINO, MARGARITA, puerta derecha.

RUF. Te aseguro que no era mas que una pregunta.

MARG. Calle usted. Oh, que indignidad!... voy á llorar.

ILDEF. (Adelantándose á su hija y confundiendo con una mirada á Rufino.) Eh! Por qué? Qué te ha hecho?

MARG. Quiere tasarme el dinero.

ILDEF. Á tí! se ha atrevido?...

MARG. Á decirme que gasto mucho en trapos.

RUF. Pero, hija...

ILDEF. Caballero, esa conducta es... sí, no dudo en calificarla de indigna. ¿Qué consideracion es la que guarda usted á su comercio, á sí propio! *Trapos*, llama usted á nuestros trajes que usted mismo vende? Con que usted es un comerciante de trapos? (Preparándose para echar un discurso.) Y por otra parte. Cuando al firmar las capitulaciones matrimoniales; cuando al poner la iglesia bajo su égida de usted, la inocente tórtola...

RUF. Corto el discurso mamá, por Dios: tienen ustedes que ir á hacer visitas. Ademas es inútil, porque solo una mala interpretacion... yo la decia únicamente... (Vien-

do á Santiago.) Calla, eres tú Santiago? Cómo estás, hijo cómo estás? Vamos, Margarita, no demos parte á los criados de nuestras discordias interiores.

MARG. Sí; eso es lo que usted quiere, variar la conversacion, pero yo le juro á usted que luego... ya verá usted.

ILDEF. Sí luego... (Pasando por delante de Rufino y en tono de amenaza aparte.) Ya verá usted luego.

SANT. (Que cosa tan grande es la naturaleza del matrimonio. En todas partes pasa lo mismo. Me parece que estoy en mi casa, cuando vivia mi difunta.) (Ildefonsa, Mariquita y Rufino no cesan de disputar por lo bajo.)

RUF. Vamos á ver, qué te se ofrece? (Separándose del grupo y acercándose á Santiago.)

SANT. Simiente de reseda, señor, y de miramelindos que necesito.

RUF. Cómprala y pónme luego la cuenta.

IDELF. Qué poco mira el gasto mi señor don Rufino, cuando se trata de sus gustos.

RUF. Lo dice usted por la reseda? Pues que no la compren: asi como asi es la flor mas insignificante...

SANT. Sí, pero como le gusta tanto á la señorita, yo habia pensado...

RUF. Ah, ya! era por darle gusto á mi mujer, por lo que querias?...

MARG. Pero qué le importa al señor don Rufino que sea gusto mio? que yo desee una cosa?

RUF. Sí, mujer, sí: me importa mucho.

ILDEF. Es verdad! Estos maridos... Uf! el mejor al palo!

RUF. (No te lo daria yo á tí flojo de buena gana.)

SANT. Con que entonces no compro nada?

RUF. Sí, hombre, sí: siendo gusto de mi mujer cómo hemos de dudar un momento... compra reseda... si es una flor muy bonita!

ILDEF. Compra, y déjanos. (En tono seco.)

SANT. Á la órden. (Uf, qué suegra! Un cardo borriquero. Me voy á ver á mi Teresa: aquella si que es jembra.)

ESCENA V.

RUFINO, DOÑA ILDEFONSA, MARGARITA, á poco TERESA.

ILDEF. (Muy grave y resuelta.) Y ahora que estamos solos escúcheme usted, señor don Rufino, á mí me gustan las cosas claras.

RUF. (Y el chocolate espeso). Precisamente por eso me permitirá usted que aclare una cuenta que tengo pendiente en el escritorio. (Queriendo salir.)

ILDEF. La aclarará usted despues. (Deteniéndole.) Ahora va ustad á explicarme con qué derecho escatima usted el dinero á su esposa para sus gastos particulares.

RUF. Si yo no la escatimo nada. Una vagatela, una cuestion que no tiene fundamento.

MARG. Cómo que no? Me ha llamado usted derrochadora, porque he encargado un abrigo de felpa á madame Carolina.

RUF. (Tímidamente.) Es el cuarto abrigo que manda hacer este año, y francamente...

MARG. Pero no de felpa: y á mí me gusta mucho la felpa... yo la quiero.

RUF. Qué felpa ni qué ocho cuartos... que ..

MARG. Oye usted, mamá! Qué tirania!!

ILDEF. No llores; hija. Aprende á conocer los hombres. Todos son iguales.

RUF. Aseguro á usted...

ILDEF. Estudia en mí, en tu madre, que tambien ha pasado por todos los sinsabores del que llaman dulce lazo (Á Rufino.) Si señor! yo tambien he conocido las torturas matrimoniales.

RUF. No dudo...

ILDEF. (Sin dejarle hablar.) El cielo me es testigo de que hubiese deseado permanecer soltera, pero solicitada por don Pantaleon Lagarza, juez entonces de primera instancia, no pude resistir á las idem de mi familia. Ay! mucho

me hizo sufrir Pantaleon!...

RUF. Ya salió aquello.

ILDEF. Pero debo hacerle justicia. Jamás me negó una felpa. Es verdad que entonces no se usaban para los abrigos.

RUF. Pero si yo tampoco la niego. Voto á los diablos!

ILDEF. Sin sulfurarse. La discusion está abierta, y podemos emitir tranquilamente nuestras respectivas opiniones. Vamos á ver, ¿usted puede acusar á su esposa de derrochadora por un abrigo mas ó menos, cuando su objeto al presentarse en sociedad vestida convenientemente, es honrar como debe el nombre que usted la ha confiado?

RUF. Ya! pero...

ILDEF. Qué dirian de la esposa de un comerciante millonario como usted, si se lanzase al mundo con un vestido de percal y un pañuelo de tres al cuarto?

RUF. Efectivamente, pero...

ILDEF. Basta. El punto está suficientemente discutido. Usted comprende la razon y asegura que en adelante no se mezclará en esas pequeñeces. Bien, yerno mio. Déme usted esa mano, es usted un buen esposo.

RUF. Sí... seguramente... hasta cierto punto.

MARG. Eso es: en cambio yo no criticaré sus chalecos.—Tiene once, mamá.

ILDEF. Once chalecos! (Escandalizada.)

MARG. Once!

ILDEF. Once chalecos!... Eso es verdad?

RUF. Si señora; pero aunque tuviera trece, qué ven ustedes de particular?

ILDEF. Qué vemos? Qué vemos? Se lo diré á usted, caballero: el conocimiento que el mundo y la experiencia me han dado, me induce á creer que bajo esos once chalecos se encuentra un objeto oculto.

RUF. Ya lo creo: mi cuerpo cuando me los pongo.

ILDEF. Cuál es ese objeto? responda usted, confiese, si no quiere que yo lo adivine!

RUF. Anda! Valiente danza van á armar ahora mis chalecos.

ILDEF. Usted divaga: cíñase usted al objeto de la cuestion.

MARG. (Queriendo calmarla.) Mamá.

ILDEF. (Rechazándola.) Déjame. Las situaciones clarás... Esos once chalecos me han iluminado.

RUF. Daré parte á la empresa del gas.

ILDEF. Por eso se opone á tus gastos y á tus gustos! Lo quiere todo para él. Sacamos en consecuencia que el verdadero derrochador es usted? El que se arruina y arruinará á su mujer por sostener un boato desconocido, que tiene sin duda por objeto otros gastos no menos perjudiciales!! Pero tranquilízate, hija mia, la ley te amparará.

RUF. Señora!

ILDEF. Separacion de bienes... Artículo trescientos sesenta y dos del Código penal. Probado que el marido sostiene y alimenta con escándalo una querida ó varias queridas, fuera de su casa, que invierte en ellas las rentas, haberes ó recursos matrimoniales...

RUF. Suegra!

ILDEF. Y no podrá usted alegar que mi hija no trajo dote al matrimonio, porque lo que gasta es suyo, caballero, lo entiende usted? las rentas son comunes y nosotras debemos velar por su conservacion. Ademas, ni aun sus mismos bienes le pertenecen toda vez que han sido aportados á la comunidad matrimonial, y deben conservarse para los herederos presuntos: asi para evitar sus despilfarros y su ruina, haremos que se le declare á usted pródigo, y le privaremos de la administracion.

RUF. Yo estallo!

MARG. Mamá.

ILDEF. (Continuando sin hacer caso.) Pero tranquilízate, Margarita: la mujer puede en tales casos administrar los bienes intervenidos. Leyes de la Novísima Recopilacion. Pueden quedar bajo tu vigilancia, los muebles y los inmuebles, como son tierras, casas, molinos de viento ó de agua, canales, acequias, animales aplicados á la labranza, utensilios de idem, palomares con sus palomas, gallineros con sus huéspedes, colmenas, sotos

cercados con sus habitantes, y toda especie de caza y pesca. Los muebles, á saber: todo ser ó cuerpo susceptible de ser trasladado de un lado á otro, ya sea movido por sí mismo como los animales, ya por una fuerza extraña como las cosas inanimadas; ademas las rentas perpétuas, ó eventuales, los censos y regalias, los barcos, barcas y lanchas, fábricas ó almacenes con sus existencias, toda clase de créditos, y por último los bienes parafernales... Oh! tranquilízate, hija mia! Ese hombre puede comprar chalecos, tú tienes en tu auxilio el Fuero real, las Partidas, las leyes de Toro, la Novísima Recopilacion, y el cariño de tu madre.

MARG. (Llorando abrazándola.) Ah! mamá!

ILDEF. Llora, hija mia! Llora sobre el seno que te ha llevado. (Tranquilamente.)

RUF. (Muy sumiso.) Pero querida mamá! por cualquier cosa formula usted un alegato! Si aquí no hay motivo para nada de eso, y si yo pudiera explicarme con mi mujer á solas...

ILDEF. Calle usted.

RUF. Pues ya se vé. Cuando podemos hablar sin testigos nos entendemos perfectamente.

ILDEF. Basta! no añada usted el lenguaje escandaloso á su insoportable falta.

RUF. Pero si no hay escándalo ninguno! Digo que los dos solos...

ILDEF. Basta he dicho! Tenga usted el pudor del silencio delante de una madre.

RUF. (Estallando.) Esto ya no se puede sufrir. Y será preciso que usted sepa...

ILDEF. Qué?

RUF. Qué con estas y otras escenas por el estilo conseguirá usted al fin...

ILDEF. (Amenazadora.) Qué! Qué conseguiré.

RUF. (Variando de tono.) Qué me vuelvan á doler las muelas como el otro dia... No, á decir verdad, ahora tiene usted razon... yo lo reconozco...

ILDEF. (Con satisfaccion.) Ah!

RUF. (Sacando un billete de la cartera.) Si señora, y en prueba de mi arrepentimiento, yo te ruego, Margarita mia, que aceptes esos cuatro mil reales para el abrigo.

MARG. Si no costará mas que dos mil.

RUF. Bueno: pues para que te compres dos. Y ademas te pido perdon... hija, estoy tan nervioso estos dias... un mal negocio... Ea, me perdonas, no es cierto?

MARG. (Sin tomarlo y mirando á su madre.) Qué te parece, mamá?

ILDEF. Somos... tan débiles con los hombres!...

MARG. Sobre todo cuando los queremos!...

ILDEF. Como que serás capaz de tomar los cuatro mil reales!

MARG. Creo que sí.

ILDEF. Pues tómalos, tómalos.

MARG. Lo volverá usted ha hacer, caballero?

RUF. No, todos los dias; no: alguna vez que otra...

MARG. Cómo se entiende?

ILDEF. Qué picardia!

RUF. Pero mujer, te he de dar todos los dias cuatro mil reales.

MARG. Si no digo eso. Es lo otro lo que no has de volver á hacer.

RUF. Y qué es lo otro?

MARG. Enojarme.

RUF. Ah! eso no, nunca.

MARG. Entonces, dame un abrazo. Mamá tiene razon: yo soy demasiado buena contigo.

RUF. Buena no. Eres un ángel.

ILDEF. En cuanto á los chalecos...

RUF. Se los regalo á usted.

ILDEF. No: todos no. Repartiremos diez entre los dependientes y le quedará á usted uno: uno negro que sirve para todo.

RUF. Cómo?

ILDEF. (Secamente.) Me parece que con un chaleco basta.

RUF. Y sobra. Bien mirado, ni aun de ese hay necesidad, porque abrochándome... (Esta suegra va á acabar con-

migo.) Mamá, por qué no se casa usted?

ILDEF. Caballero!

MARG. (Á Rufino.) Qué dices?

RUF. Pero, señor, esa es una cosa bien natural! Usted es jóven, guapa... Caramba, ya lo creo; bien guapa... no seria difícil que encontrase usted... y yo la daria diez mil duros de dote... (Y treinta mil tambien al que me la quitase de encima.)

ILDEF. Yerno! respete usted las cenizas de Pantaleon.

RUF. Pero, señor, si son ya cenizas...

ILDEF. No juguemos con eso. Nunca he podido comprender que haya mujer que pertenezca á dos hombres.

RUF. Eso es verdad. Ni yo tampoco lo he podido comprender nunca. Si fuera un hombre á diez mujeres...

ILDEF. Eh?

RUF. Nada: digo que... siendo uno despues de otro...

ILDEF. Basta. Concluyamos una conversacion que me ruboriza...

ESCENA VI.

DICHOS, TERESA.

TERESA. Señor, señor! Preguntan por usted.

RUF. (Extremeciéndose.) Á que es otro mozo de cuerda?

ILDEF. Quién?

RUF. Dale una peseta y que se vaya.

TERESA. Una peseta á un caballero tan guapo.

MARG. Estás en tí?

RUF. Ah! es un caballero guapo? Entonces dale un duro y que se vaya.

MARG. Pero, hombre.

TERESA. Si es un amigo de usted.

RUF. Amigo mio? Creí que seria un pobre.

ILDEF. Cómo se llama?

TERESA. No me acuerdo... el señor de... El señor de *Tente en pie*...

RUF. (No puedo yo hacer otro tanto.)

ILDEF. Muchacha!

TERESA. Yo creo que ha dicho eso.

RUF. Ah! *Buenafé*!... Ramiro... mi amigo íntimo á quien no he visto hace seis años. Anda, dile que entre.

ESCENA VII.

DICHOS, RAMIRO.

RAM. No es necesario. (Entrando.) Caramba! obligas á hacer antesalas á tus amigos de la niñez... Señora, beso los pies.

RUF. Ramirillo... (Abrazándole.) Tengo el gusto de presentarte á mi esposa.

RAM. Señora... (Saludando.) Ah, tunanton, que chica tan guapa te has buscado!

RUF. Mi mamá política.

RAM. Tampoco habrá sido maleja en sus tiempos.

ILDEF. Caballero...

RUF. (Á Ramiro.) (Ten prudencia, hombre.)

RAM. Qué, no te gusta que alabe á tu mujer... siempre has sabido buscártela bien, camandulon.

ILDEF. y MARG. (Escandalizadas.) Camandulon!

RAM. Cuando andábamos juntos á caza de novias, siempre se llevaba él el bocado mas esquisito.

ILDEF. Caballero! Ese lenguaje...

RAM. Es el que uso siempre, señora, yo soy asi, franco y campechano. Conque has de saber que vengo decidido á volver á estrechar nuestra antigua amistad. Dos amigos de colegio que viviendo en Madrid no se han visto hace seis años! Esto es absurdo! y no quiero que suceda mas. Me han dicho que tienes una casita en Carabanchel.

RUF. Sí; allí pasamos los domingos?

RAM. Pues me convido. Iré á ver tu jardin, á comer un bifftek y á matar unos cuantos pájaros. Hay que tomar la

vida como es, y procurar distraerse... tú ya te la sabes buscar, mariposon; yo, chico, soy libre como el aire.

ILDEF. Es usted soltero?

RAM. Casi, casi, señora.

ILDEF. Cómo casi. casi? Usted ignora, caballero, que en punto á matrimonios no hay casi, casi que valga? No ha leido usted los capítulos primero y segundo, título diez, libro segundo del Código penal?

RAM. Canario! (Díme, chico, esta es tu suegra ó tu suegro?)

RUF. Chico, es...

RAM. Sí, ya sé: tu perro de presa.

RUF. Y que muerde!

RAM. Sí, sí, conozco el género: como enlace los colmillos una de estas no hay mas medio para hacerla soltar que cortarle la oreja al toro.

RUF. Eh?

RAM. El toro eres tú.

RUF. Cómo?

RAM. Y yo, y otros muchos; adelante. Pues sí, señora. Quise decir que pertenezco á la cofradia.

ILDEF. Qué frases!! (Haciendo un gesto de disgusto.)

RAM. En otros términos: he pronunciado el sí funesto al pié de los altares. Pero mi amada esposa posee uno de esos carácteres ardientes, arrebatados... la dió por enamorarse de mí y no consentir que me despegara de su lado ni un minuto siquiera. Figúrate tú qué vida, chico, con mi génio: acostumbrado á andar siempre de zeca en meca, á pasarme las tardes en el Casino, las noches en el Casino... y las mañanas en...

ILDEF. En el Casino?

RAM. No señora, en la cama. Ella queria ir á la ópera, donde yo me duermo, á las reuniones del gran mundo, donde hay que ponerse corbata blanca y hablar francés, y echar su cuarto de espadas en política, yo que la aborrezco...

ILDEF. Cómo, caballero! No tiene usted opinion política? Todo español tiene el deber...

RAM. Sí, señora, sí. Pertenezco á un partido numerosísimo, á la mayoria.

ILDEF. Ya, es usted conservador.

RAM. No señora, pancista. Todo gobierno que no me incomode para nada, ese es el mio y el de muchos.—Pues volviendo á mi mujer, no fué posible entendernos. Hacerme á mí cambiar de vida es mas difícil que volver amable á una suegra.

ILDEF. Caballero! (Irritada.)

MARG. Qué insolencia!

RUF. (Estás en tí, condenado.) (Ap. á Ramiro.)

RAM. Porque ya lo son todas. (Continuando y dirigiéndose con galanteria á Ildefonsa.) testigo esta bellísima y respetable señora, cuya dulzura y afabilidad estan retratadas en su semblante.

ILDEF. Caballero...

RAM. Asi es, que cansado de sus contínuas exigencias, la propuse una separacion amistosa que ella aceptó... creo que con sentimiento: pero en fin, la tengo señalados treinta y seis mil reales para sus alimentos: cien to cincuenta duros cada mes que tengo cuidado de llevarla yo mismo, y ademas las cuentas de modista y costurera, que casi suman otro tanto, pero como soy rico nada me importa. Conque hay tienen ustedes mi historia.

ILDEF. (Sí: la del Han de Irlandia!)

MARG. (Ap. á su mamá.) (Yo no quiero que ese hombre sea amigo de mi marido; me lo va á echar á perder.)

RAM. Y dime, chiquito. Hoy comerás conmigo en casa de Farrugia; es preciso que echemos una cana al aire.

ILDEF. (Apresuradamente.) Imposible! Mi yerno no puede separarse del despacho mientras está abierto el almacen: á cada momento le necesitan abajo para consultarle...

RAM. Bah! por un dia...

ILDEF. Ni una hora. Suplico á usted no insista.

RAM. Pero, señora...

ILDEF. Caballero, no se admite la apelacion. Yerno mio, pren-

volvemos; algunas vistas indispensables... (Ap. á Rufino.) (Despida usted á ese otomano.)

RUF. Pero... (Ap. á Ildefonsa.)

ILDEF. (Despida usted ese abencerraje. Dentro de un cuarto de hora estamos de vuelta.) Á ponernos los sombreros. (Á Margarita.) Caballero... (A Ramiro, saludándole de paso; Ramiro corresponde y la mira hasta que sale.)

RAM. Beso á usted... Qué bien estaria esta señora en la historia natural...

RUF. En qué piensas? (Mirándole tan absorto.)

RAM. (Continuando su idea.) Sí, en un tarro de aguardiente.

ESCENA VIII.

RAMIRO, RUFINO, luego TERESA.

RUF. Ramiro.

RAM. (Saliendo de su distraccion.) Eh! Ah! pobre amigo mio, Eres tú el que contemplo! tú el Tenorio de Capellanes, tú el tronera mas trueno de todos los troneras de Madrid, con ese aire de sacristan compungido... já, já.

RUF. Pero hijo, qué quieres? Pasaron aquellos tiempos! Esta es la vida... se rueda, se rueda... hasta que al fin para uno en la vicaria. Si tú supieras qué buena es mi mujer!!

RAM. Lo creo, lo creo. Pero tu suegra...

RUF. Tambien es buena.

RAM. Sí, para escabeche. Un marimacho que conoce el código.

RUF. Uf! mejor que los ladrones!

RAM. Pero en fin, tú eres dichoso.

RUF. Adoro á mi mujer. Y si no tuviera siempre pegada á la suegra...

RAM. Y tienes hijos?

RUF. No te digo que siempre tengo pegada á la suegra .. Ah! no, no tengo hijos.

RAM. Á pesar de todo no me cambio por tí. Algunas veces te

confieso que estoy tentado por ceder á las seducciones de mi mujer: me quiere tanto la pobrecilla! Me hace unas escenas cada primero de mes, que es cuando voy á su casa... emplea unos recursos tan originales para atraerme... que casi casi...

RUF. Anda, déjate enternecer.

RAM. Un demonio! volver á aquella vida de sujecion y de fastidio... Pero la verdad es que voy teniendo miedo de caer, y ya el mes pasado no quise presentarme; puede que este haga lo mismo: la mando bajo un sobre...

TERESA. (Que ha entrado con una carta en la mano.) (Una peseta, señor.)

RUF. (Estremeciéndose.) Eh?

TERESA. Qué ha venido otro mozo de cuerda.

RUF. (Pues toma la peseta y dame la carta, vete.) (Siempre ap. Guarda la carta y cae en el sillon.) Dios me valga. Uf!

RAM. Qué es eso?

RUF. Un calambre.

RAM. En dónde?

RUF. En las pantorrillas De esta hecha me quedo sin piernas, y sin orejas, porque como mi suegra se entere...

RAM. Pero qué te pasa?

RUF. Qué soy un monstruo.

RAM. Tú?

RUF. Pensabas hallar al libertino convertido en anacoreta? No: el Tenorio sigue siendo Tenorio aun á pesar suyo: el demonio le arrastra, le impele hácia el abismo, le hace libar la ardiente copa de la fantasia y pulsar con febriles dedos el laud de don Juan. En una palabra, aquí no hay de humilde mas que la corteza; bajo esta piel de cordero se oculta el lobo sediento de las seducciones y del amor, yo no soy Rufino mas que en la cara, pero en los hechos soy Apolo, Fausto! Luzbel colorado! Afuera careta!! Genio y figura hasta la sepultura!

RAM. Caracoles!... y yo que pensaba... já, já! te reconozco, venga esa mano y cuéntame detalles.

RUF. Serás mudo?

RAM. Como un guardacanton.

RUF. Pues escucha. (Se sienta.) Era por la tarde y sin embargo llovia! La escena es en casa de Lardhy hace seis semanas. Yo pasaba distraido cuando mi estómago atento á sus obligaciones me dijo sordamente: ¿No me darás un pastelillo y una copa de Jerez mientras llega la hora de comer? Yo siempre complazco á mi estómago. Entré y... si me descubres te salto la tapas de los sesos.

RAM. No, hombre. Prosigue.

RUF. Comiendo un *Pio nono* y seis pasteles de *Chantilly* estaba una jóven!! pero qué jóven! Venus Citerea, Diana cazadora, Marta la piadosa y Margarita la pa... digo no, y Elena la Troyana, fueron vestiglos comparados con aquella cara, y aquel cuerpo, y aquel pié, y aquella mano, y aquel pelo...

RAM. Á que le pagaste los pastelillos? (Encendiendo un cigarro.)

RUF. Verás: estaba de pié teniendo en una mano un platito y en la otra un tenedorcito: sobre el platito seis pastelillos que pinchaba con una gracia... y que metia luego en su boquita... qué boquita... Oh! cuánto hubiera yo dado en aquel momento por ser un ojaldre á la franchipana!

RAM. Sigue, sigue, no te entusiasmes.

RUF. Por fin, desaparecieron los pasteles, y como en casa de Lardhy hay la mala costumbre de cobrar el gasto, ella quiso cumplir con este deber, y... verás: primero metió una manita en el bolsillo... asi... adelantando un piececi-to... buscó y rebuscó, sin duda el portamoneditas.

RAM. Pero le encontró sin dinerito? (Riéndose.) Eh? no te decia yo?

RUF. De repente palidece, lanza un grito ahogado... asi... ay!

RAM. Vamos, exacto. Se habia dejado el dinero en casa?

RUF. Eso mismo: yo me acerqué entonces y la dije muy bajito... «Señora, permítame usted que satisfaga el gasto que usted ha hecho.—Pero caballero...—Se lo suplico á usted.—Si usted se empeña... casualmente se me

habia olvidado el bolsillo... pero ha de ser á condicion de préstamo... tome usted, ahí estan las señas de mi casa, cuando usted se presente le serán satisfechos sus doce reales, y desde ahora mi reconocimiento eterno...

RAM. Hablaba bien.

RUF. Como un diputado ministerial. Y con una voz!... qué voz, chico!... y luego hablan de La Patti! La Patti es una chicharra comparada con mi...

RAM. Con tú?...

RUF. Nada, Nada.

RAM. Pero esa deidad no tenia nombre?

RUF. El pecado se dice, pero el pecador se calla.

RAM. Bien, bien: continúa.

RUF. Pues como te iba diciendo: acabar de pronunciar aquellas frases, desaparecer y dejarme asi frio, estático, mudo y extasiado, todo fué obra de un momento. La tienda de Lardhy comenzó á dar vueltas ante mis ojos... me parecia que los salchichones bailaban y que los pavos trufados volaban alrededor de mí... fuí á pagar y rompí dos platos, fuí á salir y metí la cabeza por el escaparate, dejé caer el sombrero en una fuente de crema y metí las manos en una jaletina, en fin, chico, sin saber cómo, me hallé en mi casa, pero ébrio de amor, loco, loco!

RAM. Y la volviste á ver?

RUF. El demonio me tentó de nuevo: por mas esfuerzos que hice para contenerme, no pude resistir; y al dia siguiente...

RAM. Fuiste á su casa.

RUF. Sí: la criada quiso entregarme las tres pesetas, pero yo insistí en no recibirlas como no fuese de mano de mi deudora.

RAM. Ya! te se negaba?

RUF. Y se me negó. Pero lo peregrino del caso no es esto. Cuando yo volvia á mi casa desesperado y haciéndome al mismo tiempo un millon de reflexiones filosóficas y morales para consolarme, me encuentro con una carta

en que me decia: «He reflexionado y siento el desaire que le hecho á usted, pero no puedo recibirle hasta pasado mañana primero de marzo. Venga usted á las tres, comerá usted conmigo.»

RAM. Y fuiste!

RUF. Ya lo creo. No sin recibir antes otras cinco cartas recordándome la cita.

RAM. Vamos, adivino el resto: te recibió en su elegante gabinete, donde pasarias un rato delicioso.

RUF. Un rato cruel... Ramiro mio! Nada de lo que tú te imaginas!! Aquello no era mujer, era una furia! Piensas tú que comí? Piensas tú que hablé? Piensas tú que ella hizo otra cosa en toda la tarde de Dios que ir y venir á los balcones, como si esperase á alguno, dar portazos, romper todos los cordones de las campanillas para llamar sus criados... y... nada mas? yo queria entablar conversacion pero... que si quieres... al dar las seis me plantó bonitamente en la calle, dejándome con mas hambre que habia entrado, y mas corrido que un colegial.

RAM. Hombre, qué aventura mas rara!

RUF. Pues mas raro es lo que resta. En todo lo que va de mes he tenido lugar de reflexionar y apartar de mi cabeza este condenado recuerdo que tanto me mortifica, Ya casi lo habia logrado; cuando hace tres dias que recibí una carta...

RAM. De ella?

RUF. Precursora de otras doce que se siguen sin interrupcion: cada dos horas se presenta un mozo de cuerda: me entrega una carta, le doy una peseta y se afufa para volver al poco rato. Escucha, escucha, todas dicen poco mas ó menos lo mismo. (Leyendo.) «Es usted un monstruo: le debo tres pesetas y no viene á cobrarlas: necesito indispensablemente que esté usted en mi casa el miércoles... Es hoy... á las cuatro de la tarde. Suya, etc.»

RAM. Eso no es mujer, es una lapa.

RUF. Y que es capaz de darme un escándalo! Si mi suegra se entera!... Ni una palabra, Ramiro; si te se escapa una palabra te decapito.

RAM. Pierde cuidado.

ESCENA IX.

DICHOS, ILDEFONSA, MARGARITA.

ILDEF. Una peseta.

RUF. Venga la carta.

ILDEF. Qué carta? quiero una peseta para la propina del chico que nos ha traido unos encargos. (Qué veo! aun está aquí este faccioso!)

RUF. Ah! tome usted.

ILDEF. Yerno mio, ya sabe usted que mañana es su santo.

RUF. Tiene usted razon... lo habia olvidado.

ILDEF. Iremos á pasar la tarde de hoy y todo el dia de mañana en Carabanchel. Le esperamos á usted allí á las seis para comer.

RAM. Y yo, señoras, si ustedes me dan su permiso me retiro.

ILDEF. y MARG. Caballero... (Friamente.)

RAM. (Iré mañana á darte los dias á tu casita de campo, tenme preparada una perdicita trufada y buen café. De paso me darás noticias de tu conquista. No te quejes de la suerte, te dejan la tarde libre para ir á la cita.

RUF. No iré. Estoy resuelto.

MARG. Qué tendrán que hablar tan bajo?

RUF. Nos miran.) Adios.

RAM. Señoras...

ESCENA X.

RUFINO, ILDEFONSA, MARGARITA.

ILDEF. Me apesta ese mocito.

MARG. Y á mí me carga.

ILDEF. Tendrá usted la bondad de no volverle á recibir.

MARG. Un marido separado de su mujer! Vaya! eso es muy mal ejemplo.

RUF. Pero si es tan guapo y tan...

ILDEF. Concluyó el debate. No le recibirá usted mas. Vamos, Margarita; que le esperamos á usted á las seis.

RUF. Está bien, mamá!

ESCENA XI.

RUFINO, luego PEPITA.

RUF. Pobre mujer mia... Se figura que puede darme mal ejemplo... á mí... al mayor monstruo de la tierra... Qué mas ejemplo que yo mismo? Leamos su última epístola. (Se sienta á leerla. Pepita hablando con el dependiente que la acompaña y la indica á D. Rufino.)

DEPEND. Aquel es el principal.

PEPITA. Tanto mejor, yo me entenderé con él, déjeme usted: son ustedes unos careros, caribes, déjeme usted.

RUF. Que vaya á su casa á las tres!! No, jamás. (Preocupado y sin oir nada de lo que antecede.)

PEPITA. Irá usted? (Adelantándose.)

RUF. Cielos!!

PEPITA. Irá usted?

RUF. Usted aquí!

PEPITA. Yo misma. Esta tarde; de tres á cuatro. Calle del Calvario, número cinco, segundo!

RUF. Calle del Calvario!... (Con tal que yo no dé las tres caidas...)

ILDEF. Rufino. (Dentro.)

RUF. Santo Dios!

PEPITA. Voz de mujer!! Qué mujer es esa?

RUF. La lavandera, que me trae unas camisetas... Váyase usted por todos los santos!!

PEPITA. Irá usted?

RUF. Sí.

PEPITA. De tres á cuatro?
RUF. Sí.
PEPITA. Calle del Calvario!
RUF. Sí.
PEPITA. Qué número?
RUF. Cinco.
PEPITA. Cuarto?
RUF. Segundo.
PEPITA. Sin falta?
RUF. No faltaré.
PEPITA. Beso á usted la mano!
RUF. (Cayendo en un sillon.) Dios mio! Qué suplicio! qué suplicio!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala pequeña, pero bien amueblada.—Puerta en el foro que da á una antesala.—Á la derecha y en primer término, la puerta de un gabinete: en segundo término, la de una alcoba.—Á la izquierda y en primer término, una chimenea con reloj.—Un velador cubierto con tapete, un secreter, butacas, sillas, etc., convenientemente colocados.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIA, despues SANTIAGO.

ANT. (Entrando por la segunda puerta de la derecha, y hablando al paño.) Bien está, señora.—Voy al momento. (Consigo misma.) Malhaya!... Pues no se empeña ahora en que disponga una gran comida! es preciso salir... Y digo!... con el tiempecito que hace!...

SANT. (Apareciendo en el dintel de la puerta de le cocina.) Se puede entrar?

ANT. (Con sorpresa y alegria.) Santiaguillo!... Tú por aquí!

SANT. (Entrando con un gran paraguas en la mano.) Yo mismo, salero... que no he querio golverme á Carabanchel sin ver ese cachito de cielo!

ANT. De veritas? (Viene como pedrada en ojo de boticario.)

SANT. Como lo oyes, cuerpo bueno!... Hoy nus vamos á divertir los dos juntitos... No too ha de ser trabajar y darle al dengue... Hoy es dia de jolgorio... Conque chica... ajuera penas!

ANT. Y qué penas tienes tú, camueso?

SANT. No faltan en casa el amo... porque como la vieja... Doña Alifonsa tié un genio tan entrometio y tan... vamos, aquella casa es un infierno, mientras que aquí, aquí se encuentra uno como en la gloria... Pero dime, estamos solos, prenda?

ANT. No... que tenemos ahí á la señora... Acabo de dejarla en ese gabinete tan rara y tan caprichosa como siempre!... Qué mujer! Yo creo que está tocada de la cabeza... tan pronto rie... tan pronto llora... No tiene dos minutos seguidos una misma idea... siempre pensativa, siempre cavilando...

SANT. Es que sacuerda dalgun güen mozo... como yo, verbo en gracia... he dicho argo?

ANT. Por supuesto! mi ama es una señora muy recogida...

SANT. Recogia... recogia!...

ANT. Ya se ve que sí .. Mi ama es fiel... demasiado fiel... lo que es yo, si hubiera estado en su pellejo... Mira, Santiago, yo te quiero mucho; pero guárdate de engañarme cuando nos casemos, porque soy capaz...

SANT. Cuando nus casemos... huum! (Esta quié atraparme!)

ANT. Qué... Pensarias en darme esquinazo?

SANT. Quiá!... yo!... pues si te quiero mas que á las entretelas de mi pecho! Yo pensar en semejante cosa! Ni por pienso, ni por pienso!

ANT. Es que yo soy débil contigo... (Se echa á llorar.) y si supiera...

SANT. Pero quiés callar, tonta!... cuando te digo... vamos... no llores... pelillos á la mar y dame un abrazo. (Se le da.)

ANT. (Dejándose abrazar.) Te casarás conmigo?

SANT. Pus se entiende.

ANT. Cuándo?

SANT. Cuándo!... eso ya veremos... no sé si será por la Pascua ó por la Navidad... pero nus casaremos.

ANT. Eso es otra cosa.

SANT. Estás contenta?

ANT. Sí... pero caramba... cómo me has puesto... Vienes hecho una sopa.

SANT. Ya lo creo... como que está lloviendo á cántaros...

ANT. Y yo que tenia que salir ahora...

SANT. Tú!...

ANT. Ay! Santiaguillo, si quisieras hacerme un favor...

SANT. Manda, prenda... que aquí estoy pa servirte.

ANT. Mira... te vas de un salto al Armiño, Carrera de San Gerónimo... ya sabes.

SANT. Sí ..

ANT. Y pides un par de truchas fritas... que sean grandes y frescas... *un volauvan à la financiere.*

SANT. Bueno: un tulipan á la financier...

ANT. Despues te pasas por la Mahonesa y compras un tarro de dulce de guin da...

SANT. Bien... dulde de guinda...

ANT. Luego desde allí te vas á la calle Mayor, á casa de Garcia, sabes? y compras un pastel de hígado trufado, dos botellas de *Champagne* y una de Pedro Gimenez... estás?

SANT. Estoy.

ANT. Pues toma el dinero y ten cuidado con los cambios... que no te engañen.

SANT. Con que... un par de truchas, un franchipan y un tarro de dulce... Ah!... y á avisar tambien al señor don Pedro Gimenez!

ANT. No, hombre, no... Pedro Gimenez es un vino que se llama asi...

SANT. Calla!... un vino que tié nombre y apellido... en la via he visto otra.

ANT. Vaya, déjate de cuentos y al avio...

SANT. Voy y guervo en un decir Jesus... Cuando venga comeremos juntos, verdá prenda mia?

ANT. Sí, sí, pero despáchate.

SANT. Pues hasta luego. (Dirigiéndose al público.) (Esto es vivir, caballeros!) (Váse por la puerta de la izquierda al tiempo que entra Pepita por la segunda de la derecha.)

ESCENA II.

PEPITA, ANTONIA.

PEPITA. Antonia!

ANT. Señora!

PEPITA. Has traido lo que te he dicho?

ANT. He mandado por ello, porque como estoy haciendo el asado, no puedo ahora apartarme de la lumbre.

PEPITA. Quién es ese jóven con quien estabas hablando?

ANT. Es un mozo de mi pueblo... un jardinero de Carabamchel, que ha venido á traerme un recado de mi madre.

PEPITA. No mientas... ese muchacho es tu novio... como si lo viera.

ANT. Pues bien... sí... sí señora, es mi novio, pero...

PEPITA. Y tú le haces caso... y te atreves á escuchar sus falsos halagos?

ANT. Pero, señora... si es con buen fin.

PEPITA. Por eso mismo... Ahora fingirá amor... se mostrará muy rendido... dirá que es tu esclavo sumiso... pero luego que te atrape... cuando sea tu marido... desgraciada!... mírate en este espejo!

ANT. Qué quiere usted, señora?... Yo me arriesgo.

PEPITA. Tambien yo me arriesgué y mira lo que me ha sucedido... Quiera usted á un hombre, cólmele usted de caricias y déle usted todos los gustos como á un niño mimado... Para qué?... Para que un dia se canse el sibarita de comer siempre el mismo bocado, y diga bonitamente á su mujer. . Ahí te quedas, que yo me voy á variar de plato!... Oh!... cuando pienso en esto, me dan ganas de romper algo! (Llaman á la puerta.) Han llamado?

ANT. Sí, señora.

PEPITA. Mira quién es y pasa recado. (Váse Antonia por el foro.)

ESCENA IX.

PEPITA sola, despues ANTONIA.

PEPITA. Si será él!... Vaya usted á comprender á los hombres! Ese don Rufino me encuentra en una pasteleria, me hace el amor... Hay todo aquello de «Yo la adoro á usted, señora! Seria el mas feliz de los hombres si usted se dignase colmar mis votos! etc., etc...» Yo me digo al verle: Este hombre me conviene para mis planes; dejémosle creer que me ablando, y llego hasta el extremo de darle una cita, de traérmelo á mi casa á comer, á fin de que todo el mundo se entere, de que cunda por Madrid que me visita un hombre. Que si quieres!... Este hombre es un imbécil, que no se atreve á mover ni un pié, ni una mano delante de mí. Que no publica su conquista... Oh!... estoy furiosa!... y que para remate de fiestas no vuelve á parecer por aquí en todo un mes... pero como no tengo otro de quien echar mano, al ver llegado el dia primero, sin el reclamo que necesito, tengo que recurrir á él, y escribirle cien cartas para que venga hoy... Oh! si no viene...

ANT. (Entrando.) El señor don Rufino...

PEPITA. Que pase adelante. (Váse Antonia por el foro.) Lo que es hoy, no le suelto... es preciso á toda costa conquistarle, es preciso que se enamore de mí... que caiga rendido á mis pies... que me comprometa, siquiera en la apariencia... Mi plan estriba en esto precisamente.

ANT. (Entrando.) Pase usted, caballero. (Rufino aparece con el aire de encogimiento, el cuello del gaban levantado y un paraguas en la mano.)

PEPITA. Déjanos solos, Antonia, y prepara el almuerzo. (Váse Antonia, por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV.

PEPITA, RUFINO.

RUF. (Vengo escapado... procuremos despachar pronto.) (Saludando con forzada amabilidad.) Señora... celebro infinito.

PEPITA. Tome usted asiento.

RUF. Perdone usted... pero...

PEPITA. Ah!... veo que trae usted paraguas...

RUF. Sí... es que hace un tiempo infernal... He querido tomar un coche... pero cá!... Por mas que he gritado á todos los que pasaban. «Eh!... cochero!... aquí!...» Nada!... los coches son como los amigos .. cuando llueve, no se encuentra uno por un ojo de la cara... (Riendo forzadamente.) Jé! Jé!...

PEPITA. (Levantándose.) Bien, deje usted ahí su paraguas. (D. Rufino lo hace y se queda despues parado.) Eso es... Qué hace usted ahora con el sombrero en la mano?

RUF. Ah... sí... es verdad. (Le deja en una silla.)

PEPITA. Vamos!... siéntese usted.

RUF. (Sentándose á cierta distancia de ella.) Con mucho gusto.

PEPITA. No... ahí está usted mal... tome usted una silla; y póngase aquí, á mi lado... (Rufino obedece maquinalmente.) Caballero, he mandado llamar á usted porque tenemos que hablar formalmente... No se sonria usted, es inútil... No mueva usted esa pierna... me ataca usted los nervios...

RUF. Señora... yo...

PEPITA. Calle usted.

RUF. Ya callo. (Pues señor aquí va á haber tormenta .. si yo pudiera escurrirme!)

PEPITA. (Despues de una pausa.) Se ha vuelto usted mudo?

RUF. Yo!... como usted me ha dicho...

PEPITA. Es usted insufrible... Me carga ver á usted junto á mí.

RUF. Gracias, señora.

PEPITA. Póngase usted en esa otra silla!

RUF. (Sentándose en otra silla á cierta distancia.) Como usted guste.

PEPITA. (Despues de una pausa y levantándose de pronto y dirigiéndose á él con aire resuelto.) Oiga usted, caballero... por quién me ha tomado usted?

RUF. Yo... señora!... (Queriendo levantarse.)

PEPITA. (Haciéndole sentar de nuevo.) Siéntese usted!...

RUF. Bien está... (Esta mujer me da miedo.)

PEPITA. No responde usted?

RUF. Es que... la verdad...

PEPITA. Usted se ha figurado sin duda, que yo soy unas de esas mujeres frívolas á quienes se ama y se olvida en un solo dia.

RUF. Señora... por qué me dice usted eso?

PEPITA. Por qué, por qué?... usted lo sabe bien, caballero... Recuerde usted la pasteleria de Lardhy... Qué me dijo usted en ella, hace cosa de mes y medio entre *un petit choux* y *un chantilly* que todavia no he digerido?

RUF. Qué le dije á usted?... soy tan flaco de memoria!...

PEPITA. Ah! finge usted haberlo olvidado?... Pues bien; yo se lo recordaré á usted... porque lo tengo bien presente y todavia resuenan sus almibaradas palabras en mis oidos... «Qué linda es usted!... tiene usted unos ojos como dos soles!... Qué ojos... sus miradas abrasan!... Y qué talle!... y qué pie!...»

RUF. Yo?... yo le dije á usted eso? (Cuidado si tienen memoria las mujeres!) (Se levanta.)

PEPITA. Y añadió usted apretándome la mano á hurtadillas: «Señora: no tendré el gusto de ver á ustedes otra vez?» Yo callé por pudor...

RUF. Ah!... con qué usted calló?...

PEPITA. Por pudor, caballero... y á no ser por el incidente de habérseme olvidado el bolsillo y haber usted pagado los pasteles, no hubiera usted vuelto á saber de mí... Pero ay! aquella generosidad me llegó al alma y tuve la debilidad de ofrecer á usted mi casa, para demostrale

mi agradecimiento...

RUF. Oh!... señora... el agradecido debo serlo yo...

PEPITA. Nunca lo hubiera hecho! Yo tengo un corazon naturalmente tierno... y cuando usted vino hace un mes con el pretexto de cobrar su pequeña deuda... sentí aquí un no se qué...

RUF. Será verdad?

PEPITA. Ah! por qué no se contentó usted con recibir el dinero de manos de mi doncella?... Por qué quiso usted verme á toda costa?

RUF. Por qué, por qué?... (Pues es que tiene razon!)

PEPITA. Yo seria hoy menos desgraciada! (Llora.)

RUF. (Y llora!... vamos!... soy hombre al agua!) Desgraciada... usted es desgraciada?...

PEPICA. (Llorando á voz en grito.) La mas desgraciada de todas las mujeres?

RUF. (Enternecido.) Ah!... señora... crea usted que...

PEPITA. Y todo por culpa de usted!

RUF. Por mi culpa!... por mi grandísima culpa!

PEPITA. Pero cree usted que esto ha de quedar asi? Cree ústed que no hay mas que acercarse á una mujer cándida y sensible... derramar en sus oidos el dulce cáliz de la lisonja... hacerla concebir risueñas esperanzas de amor.

RUF. No... lo que es eso... permítame usted...

PEPITA. Para condenarla despues al olvido y la indiferencia?

RUF. Permítame usted... yo no la he hecho á usted concebir nada.

PRPITA. Y lo niega?... Monstruo?... seductor!... Sardanápalo!...

RUF. Echa!... echa...

PEPITA. Voy á confundir á usted... tome usted asiento.

RUF. Volvemos á empezar?

PEPITA. (Es preciso á toda costa detenerle.) (Imperiosamente.) Tome usted asiento!

RUF. Señora... si le parece á usted otro dia continuaremos esta conversacion... estoy muy de prisa y...

PEPITA. No: ha de ser ahora... ahora mismo... usted me ha desmentido... usted ha dudado de mis sentimientos...

es preciso que yo me justifique!

RUF. Para qué señora? Si no hay necesidad, si yo creo en usted como en el Evangelio.

PEPITA. No... si yo quiero que usted se convenza... si quiero que usted confiese su pecado. Pues qué, asi se engaña á una mujer como yo? Asi se miente amor á una altiva y noble matrona?...

RUF. (Tá... tá... tá...) Pues bien, si señora, confieso y me arrepiento... Pero mire usted. (Sacando el reloj.) Son las cuatro y estoy sin comer... conque... con el permiso de usted. (Quiere irse.)

PEPITA. (Las cuatro... y el otro que no viene!...) (Deteniéndole por el brazo.) No, si usted va á comer hoy conmigo!... (Llamando.) Antonia!... la comida! (Antonia y un criado saliendo de la cocina con la mesa servida para dos personas.) Lo he previsto todo... de aquí no saldrá usted sin haberme cumplido sus promesas.

RUF. Qué promesas?... Yo no he prometido nada...

PEPITA. Sus palabras de amor!... sus juramentos!...

RUF. (Cáspita!... ahora quiere... Pero esta mujer es la de Putifar.)

PEPITA. Oye usted?... es preciso que cumpla usted sus promesas

RUF. (Rufino!... casto Rufino... acuérdate de José!)

PEPITA. Qué aguarda usted!

RUF. Yo!... (Demonio!... esto es serio... apelemos á la fuga.)

PEPITA. Vamos!

RUF. Señora... otro dia será... tengo una cita á las doce y...

PEPITA. Una cita!... amorosa!...

RUF. No, judicial... en el juzgado de la Inclusa.

PEPITA. Usted me engaña... se lo conozco á usted en la cara.

RUF. Á mí?... (Ah!... si yo gastara quevedos!)

ESCENA V.

LOS MISMOS, ANTONIA.

ANT. La comida está servida.

PEPITA. Bien... Va usted á comer conmigo.

RUF. Pero señora... si yo...

PEPITA. Estoy en deuda con usted y quiero págarsela... Usted me convidó á pasteles... yo le convido á usted á truchas... usted me dió una copa de malvasia... yo voy á darle una de Pedro Gimenez...

RUF. (No hay escape... y mi mujer que me está esperando? Qué dirá mi suegra!)

PEPITA. Despues será usted libre... y no volverá usted á verme.

RUF. De veras? (Con alegria.)

PEPITA. (Indicándole un asiento en la mesa.) Siéntese usted.

RUF. Conque despues de comer...

PEPITA. Nos separaremos para siempre... Deme usted su palabra de honor.

RUF. Se la doy á usted, señora... se la doy á usted con sentimiento... (Respiro!... Si alguna vez engaño á mi mujer, no será de fijo con esta!)

PEPITA. Siéntese usted. (Se sienta ella tambien.)

RUF. Voy... voy allá, señora... (Mirando el reloj.) Demonio, las cuatro y media.) (Se sienta á la mesa y al mismo tiempo se oye un violento campanillazo.)

PEPITA. (Con alegria.) (Ah!... ya era tiempo.)

ANT. Han llamado, señora. (Va á abrir.)

PEPITA. Quién podrá ser? (Fingiendo que le ocurre de pronto una idea.) Ah! Dios mio!...

RUF. (Asustado.) Qué tiene usted?

PEPITA. Á cuántos estamos?

RUF. Á primero de abril.

PEPITA. (Dando un grito y levantándose.) Cielos!... mi marido!

RUF. (Que se habia ya puesto la servilleta en el ojal de la levita.) Su marido de usted!... Es usted casada!

PEPITA. Y se está usted asi? Quiere usted perderme?

RUF. Qué diablos, señora!... yo no he venido por mi gusto.

PEPITA. Un escándalo!... en mi posicion!

RUF. Y la mia!... usted no piensa mas que en sí misma... Pero, y yo?

ANT. (Entrando muy turbada.) Señora, señora, es el amo!

PEPITA. Lo oye usted?

RUF. Qué hacer?

PEPITA. Y lo sé yo acaso?

RUF. Yo no me he ocultado nunca... nunca... pero en este momento creo que conviene... y por usted tendré bastante valor para hacerlo.

PEPITA. (Abriendo la primer puerta de la derecha y empujando á Rufino. Pues bien... si... por aquí... pronto! (Váse Rufino por donde ella le indica.) Que entre tu amo. (Ahora veremos.)

ANT. Pase usted, señor, por qué se detiene usted?

RAM. (Entrando.) Estaba limpiándome las botas... vengo de barro hasta las rodillas. (Váse Antonia á la cocina.)

ESCENA VI.

PEPITA, RAMIRO.

PEPITA. Ah! eres tú, Ramiro?

RAM. Yo mismo, Pepita... Buenos dias... cómo estás de salud?...

PEPITA. Asi, asi... padezco mucho de los nervios. Y tú?

RAM. Yo?... como siempre, chica... impermeable.

PEPITA. Pero no te sientas?

RAM. No... es ya tarde, y tengo que hacer... Perdona si no he venido antes... pero ya sabes mi vida...

PEPITA. Sigues retirándote á casa á las dos de la mañana?

RAM. Lo mismo! Qué! si entre el paseo á caballo, el Real y el Casino... se le va á uno el dia... (Saca una cartera y de ella unos billetes de banco.)

RAM. (Oh!... y este es el hombre que yo he amado tanto... y que amo todavia!)

RAM. Conque. . aquí tienes... cinco de quinientos, dos de doscientos y uno de ciento... total tres mil. (Se los da.)

PEPITA. (Tomándolos y arrojándolos negligentemente encima del velador.) Gracias.

RAM. Tenemos algun extraordinario este mes?

PEPITA. Si...

RAM. Hola!

PEPITA. Aquí está la cuenta... sumado ya y todo .. (Le entrega un papel.)

RAM. Dos mil reales!... Bah!... una bagatela!... Es preciso confesar que eres una mujer económica. (Le da otros billetes.)

PEPITA. Favor que tú me haces.

RAM. No... es justicia... Con que... adios, querida... cuídate mucho y hasta la vista.

PEPITA. Te marchas ya?

RAM. Qué quieres que haga?

PEPITA. No tienes nada que decirme?

RAM. De qué?

PEPITA. De tus asuntos, de tus placeres...

RAM. (Adios, si empezamos el capítulo de las reconvenciones!) Mira, Pepita... no evoquemos recuerdos dolorosos... nuestros gustos no simpatizaban... Habia incompatibilidad de caractéres...

PEPITA. Es verdad... yo tenia el defecto de amarte demasiado... de no amar mas que á tí... mientras que tú...

RAM. Qué quieres? Yo, á pesar de mis treinta, y pico, soy siempre un muchacho.

PEPITA. Desgraciadamente.

RAM. Pero calla!... ibas á comer. (Viendo la mesa servida.)

PEPITA. Sí .. ya ves...

RAM. (Mirando.) *Vol au vent*... truchas... aceitunas... Sabes que no te tratas mal, querida?

PEPITA. Oh!... por mí... con cualquier cosa me basta... pero esperaba un convidado...

RAM. Ya!... y huele bien esto.

PEPITA. Pruébalo.

RAM. Pues mira, casi me dan tentaciones...

PEPITA. (Poniéndole una silla.) Siéntate ahí... en tu sitio de otro tiempo.

RAM. (Hum!... pongámonos en guardia... esta quiere atraparme.)

PEPITA. Vamos.

RAM. (Yo tengo el vinillo tierno).

PEPITA. No te sientas?

RAM. (Aparta, Eva!)

PEPITA. Come conmigo.

RAM. (Si muerdo ese pastel soy perdido!) No, te lo agradezco mucho... pero no acepto.

PEPITA. Por qué?

RAM. No puedo. Me esperan en el Casino.

PEPITA. Y bien... aunque faltes una vez por quedarte con tu mujer...

RAM. Imposible!... un negocio importante... (Da un paso para salir.)

PEPITA. Es decir que me desairas?

RAM. Dispénsame, querida... otro dia...

PEPITA. (Apelemos al gran recurso). Y si yo te dijese que la persona que tengo convidada es un hombre!

RAM. (Asombrado.) Un hombre!... (Naturalmente.) Ah!... sí!... ya caigo... tu hermano, que acostumbra á venir...

PEPITA. No!... un hombre que me ama, que me hace la córte, y que aprovechándose de mi aislamiento...

RAM. (Con ira.) Señora!... Pero bah!... no soy yo poco tonto en enfadarme.

PEPITA. Es decir que no te importa mi honor, el tuyo!...

RAM. Déjate de tonterias... todo eso no es mas que un lazo.

PEPITA. Ah!... no me crees?... Pues bien; sábelo de una vez... ese hombre es mi amante... ha venido ya... está ahí... en mi cuarto...

RAM. (Con ira.) En su cuarto!... (Calmándose.) (Bah! si fuera cierto no me lo diria.)—Adios, adios, querida!

PEPITA. Cómo! Y lo oyes con esa calma?...

RAM. Tengo confianza en los juramentos que me hiciste al

pié de los altares.

PEPITA. No has faltado tú á los tuyos?

RAM. Sí... pero los hombres... es otra cosa.

PEPITA. (Con indignacion.) Ah!...

RAM. Conque, hasta la vista, amiga mia... Qué quieres?... Yo no tengo la culpa de ser siempre un muchacho... (Pasó el peligro por este mes... el que viene veremos.)

ESCENA VII.

PEPITA, despues RUFINO.

PEPITA. (Fuera de sí.) Ah!... esto es demasiado... no sentir siquiera los celos!... Ese hombre debe tener horchata en las venas! (Yéndose á abrir la puerta de la derecha.) Salga usted, caballero.

RUF. (Apareciendo muy pálido y sin poder casi sostenerse.) (Ramiro!.. su marido... Era Ramiro!... No me faltaba mas que esto!) (Se deja caer en una silla.)

PEPITA. Nada tema usted... ya se ha ido!

RUF. (Levantándose.) Gracias á Dios!... al fin puedo .. (Da algunos pasos para salir.)

PEPITA. (Deteniéndole bruscamente.) Un momento... no me deje usted.

RUF. Eh?

PEPITA. Estoy furiosa... tengo ganas de morder. .

RUF. Cáscaras!

PEPITA. Conozco que me va á dar el ataque!

RUF. Un ataque!... esta es otra!

PEPITA. Sí... un ataque de nervios... padezco mucho de los nervios... saque usted su reloj.

RUF. (Obedeciendo maquinalmente.) Las cuatro y cuarenta y cinco... (Y yo aquí todavia!... me va arañar mi suegra!)

PEPITA. Dentro de dos minutos... no me quedan mas que dos minutos... lo conozco... Mire usted. (Le coge fuertemente por el brazo.)

RUF. (Procurando soltarse.) Pero... señora...

PEPITA. No me abandone usted... la crisis empieza... bien decia yo... apenas han pasado los dos minutos y... (Se deja caer en un sillon retorciéndose y dando gritos.) Ah!... ah!...

RUF. (Corriendo por todos lados.) Santa Tecla!... y yo aquí solo con ella... ni un médico... ni un cirujano... ni un albéitar siquiera... Imposible dejarla en este estado! Pero qué hago?

PEPITA. (Gritando siempre.) Ah!... sales... vinagre...

RUF. (Corriendo al velador.) Vinagre... aquí. (Le hace respirar una de las vinajeras y la respira él tambien.) No... esto es aceite... (Cogiendo la otra.) Aquí... aquí hay vinagre... (Haciéndoselo respirar.) Vamos, señora... por amor de Dios... cálmese usted... vuelva usted en sí... Voto á chápiro... que me estan esperando... Ah! ya abre un ojo!

PEPITA. (Con voz débil.) Perdone usted, amigo mio... estoy abusando de usted.

RUF. Oh! no.

PEPITA. (Volviendo en sí.) Ya no tengo nada... ya pasó...

RUF. Pasó?... entonces me voy.

PEPITA. (Deteniéndole por el faldon de la levita.) No... quédese usted.

RUF. (Dando media vuelta.) Otra vez!

PEPITA. Siéntese usted ahí... en ese sofá... no, en esa silla.

RUF. (Exasperado.) Volvemos á empezar!

PEPITA. (Levantándose y con energia.) Caballero!...

RUF. Señora!

PEPITA. El hombre que acaba de salir de aquí es un monstruo... Me abandona... me deja en brazos de mi seductor...

RUF. Qué seductor?

PEPITA. Usted.

RUF. Yo!... poco á poco...

PEPITA. Pues bien... yo quiero aturdirme... quiero vengarme... Róbeme usted!

RUF. Cáscaras!

PEPITA. Lléveme usted á Francia, á Italia, á la Cochinchina... donde usted guste.

RUF. Señora!

PEPITA. Tengo gana de ver el Vesubio.

RUF. Pero...

PEPITA. Tengo deseos de ver si su fuego puede compararse al mio!

RUF. (Esta mujer es una loca... Yo voy avisar á la casa de socorro.)

PEPITA. Mi marido quiere escándalo... le tendrá... oh!... sí .. le tendrá .. yo se lo fio... usted es soltero, amigo mio... usted es rico... Me rodeará de lujo, me cubrirá usted de diamantes...

RUF. Diamantes!... Si, sí... (No la disgustemos.)

PEPITA. Me comprará usted una carretela... y un perro azul... y pasearemos juntos en la Castellana todos los días.

RUF. Yo! con un perro azul!... Jamás. (Al ver el gesto que le hace Pepita.) Ah! sí... sí!...

PEPITA. Me llevará usted al Teatro Real... á los toros... á Capellanes...

RUF. Á Capellanes yo!... sí... sí... á Capellanes tambien... (Prometer... poco cuesta!)

PEPITA. Ah! cómo vamos á bailar... cómo vamos á divertirnos...

RUF. Mucho!...

PEPITA. Sabe usted polkar?

RUF. Pues no!... Es decir... ahora...

PEPITA. Polkemos, amigo mio... polkemos. (Le coge y le hace polkar, tarareando ella misma.)

RUF. (Polkando.) (Pues señor... si vuelvo á engañar á mi mujer...) (En este momento Pepita le rechaza de pronto y va á caer sobre un sillon.) Ay!... Me ha derrengado!

PEPITA. Pero qué estoy haciendo?... Yo degradarme!... Yo envilecerme!... Yo imitar á esas miserables «que envuelven su vergüenza en el sudario de su felicidad...» Nunca!... Prefiero morir!.. Prefiero poner término á una vida que me es odiosa!

RUF. (Anda!... ahora entra la tragedia!)

PEPITA. (Registrándose los bolsillos.) Dónde está mi testamento?

RUF. Su testamento de usted?

PEPITA. Si... mi testamento, donde revelo los motivos de mi muerte.

RUF. (Un suicidio!)

PEPITA. Donde revelo el nombre del que me ha conducido á la desesperacion... y el de usted tambien, caballero.

RUF. (Dando un salto.) El mio!

PEPITA. Esta misma noche lo recibirá el *Director de la Correspondencia*, á quien se le dirijo para que haga un artículo.

RUF. Un artículo!... *La Correspondencia*! y tira veinte mil ejemplares!... Estoy perdido!... señora, señora... deme usted ese papel! (Trata de arrancárselo.)

PEPITA. (Rechazándole.) No... déjeme usted... no me detenga usted... Adios!... adios para siempre! (Se lanza á su gabinete, segunda puerta de la derecha.)

RUF. Señora!... señora! Ah!... misericordia! (Corre á tirar de la campanilla derribando á su paso las sillas y los fanales de la chimenea, que se rompen con estrépito.) Socorro!... Fuego!...

ESCENA VIII,

RUFINO, ANTONIA.

ANT. (Saliende precipitadamente de la cocina.) Qué es eso?... qué sucede?

RUF. (Sin poder hablar.) Ah!... allí!... tu ama! (Señala al gabinete.)

ANT. Señora!.. señora! (Desaparece un momento por la segunda puerta de la derecha, da un grito y vuelve á aparecer.) Ah!

RUF. Qué ha sucedido?

ANT. Mi pobre ama?

RUF. Qué?

ANT. Se ha tirado por el balcon. (Váse corriendo por el foro.)

RUF. (Abrumado.) Por el balcon!... ahora vendrá la justicia... preguntará nombres y profesiones... (Con resolucion.) Pero no hay testigos... Nadie me conoce... Escurrámonos! (Busca por todos lados una salida y se encuentra frente á frente de Santiago, que acaba de entrar atraido por el estrépito.)

ESCENA IX.

RUFINO, SANTIAGO.

SANT. Aquí susede argo... Santo Cristo!... el amo!

RUF. Santiago!

SANT. Usté por aquí, señó!

RUF. (Cogiéndole por el pescuezo.) No soy yo!... tú no me has visto... lo entiendes?

SANT. Sí .. sí... pero suerte usté, que mahoga!

RUF. Ya suben!... (Mirando por la puerta del foro.) Es la policia! (Dirigiéndose precipitadamente á Santiago y derribando al paso el velador.) Yo te doblaré el salario... búscame una salida!

SANT. (Arrastrándole hácia la cocina.) Por aquí, señó, por aquí!

RUF. (En el mayor desórden.) Por el balcon!... El testamento en el bolsillo... *La Correspondencia*!... Ah!... Estoy perdido!... (Váse por la izquierda.)

SANT. (Riéndose.) No hay mas; el amo sa güerto loco... Mayoral... un asiento pa Leganés! (Desaparece detras de Rufino.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de una quinta en Carabanchel. En el fondo gran puerta de entrada á un jardin. Puertas laterales en primer termino. En segundo término á la izquierda una chimenea y á la derecha un piano.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, al piano, tocando un wals, luego TERESA por el foro con una caja de carton.

TERESA. Señora?

MARG. Qué quieres, Teresa?

TERESA. Esta caja que han traido de Madrid para usted.

MARG. Ah! si, es el regalo que hago á mi marido.

TERESA. Cómo, aquel lindo gorro que ha bordado usted al amo para el dia de su santo?

MARG. El mismo. Le habia mandado armar antes de ofrecérsele. Llévale á mi cuarto. Se le daré luego.

ILDEF. Basta, queda usted despedido. (Dentro.)

SANT. Pero señora, perdóneme usted. (Id.)

MARG. Qué es eso?

TERESA. No sé. Ya empieza la tormenta. (Váse.)

ESCENA II.

MARGARITA, DOÑA ILDEFONSA y SANTIAGO.

ILDEF. No hay perdon. Váyase usted de esta casa pronto.

SANT. Ya no lo volveré á hacer. (Sollozando.) Se lo juro á usted por estas cruces.

MARG. Pero, qué ha hecho?

ILDEF. No me lo preguntes. Mis labios se resisten á referir semejantes liviandades. No me lo preguntes.

MARG. Sin embargo...

ILDEF. Ha contravenido á todos los preceptos de la moral y de la religion; ha infringido la disposicion del caso primero, artículo cuatrocientos ochenta y dos del Código penal promulgado como ley del reino el diez y nueve de marzo de mil ocho cientos cuarenta y ocho.

MARG. Y qué dice ese artículo?

ILDEF. Qué dice? Hé aquí lo que son las mujeres del dia. Leen las novelas de Paul de Kook y de Alejandro Demas y no conocen las leyes de su patria. Oh! colmo de la frivolidad y de la insipiencia!

MARG. Mamá, yo confieso...

ILDEF. Artículo cuatrocientos ochenta y dos del Código penal. Los que públicamente ofendieran al pudor...

SANT. Ofender? No lo crea usted, señorita. Si ella se dejaba... vaya si se dejaba...

ILDEF. Calle usted, libertino.

MARG. Ella? Pero quién es ella?

SANT. Quién ha de ser? Colasa, la del tio Geromo, cá venio á buscar simiente é chirivias, y ya se ve, como ella es así tan guapita, y tan amiga é bromas, yo... vamos...

ILDEF. No diga usted mas. Está comprendido. Bástete saber que ha tenido la audacia de cogerle el talle.

SANT. Quiá! Yo? yo no la he cogio náa, si no que me registren á ver...

ESCENA III.

LOS MISMOS, RUFINO.

RUF. (En traje de campo y sombrero de paja.) Qué pasa aquí?

ILDEF. Venga usted, señor yerno, venga usted, y que esto le sirva de escarmiento.

RUF. Pero de qué se trata?

ILDEF. Se trata... se trata de un grave delito; de un atentado contra el pudor que ha cometido ese miserable. (Por Santiago.)

RUF. Quién? Santiago? Pues qué ha hecho?

MARG. Oh! es muy culpable.

ILDEF. Óyelo y tiembla Ha recibido bajo el techo conyugal á Colasa.

RUF. Conyugal? Pero si es viudo.

ILDEF. No importa La casa que habitaron los cónyuges aunque uno de ellos haya fallecido, siempre será la casa conyugal. Sépalo usted, señor yerno.

RUF. Ya, eso es otra cosa. De modo que tú te has atrevido á recibir bajo tu techo...

SANT. Cá! No señor; si era en la cocina.

ILDEF. Ya lo ve usted. Artículo... no sé á punto fijo; pero señor Santiago, queda usted despedido.

SANT. Señor, interceda usted por mí. (Á Rufino.)

RUF. Vamos, mamá, el arrepentimiento borra la culpa, y Santiago está arrepentido.

SANT. Ya se ve que sí, yo estoy arrepentido.

ILDEF. Eso es bueno para la justicia divina, pero no para la humana. Ha visto usted, señor yerno, que un juez absuelva á un reo, solo por mostrarse contrito? La espada de la ley es inexorable y debe caer sobre el delincuente, cualquiera que sea su categoría.

SANT. Pero si no ha sio ná pa el caso.

RUF. Eso digo yo; todo se reduce á un pecadillo.

ILDEF. Pecadillo! Á eso llama usted pecadillo? Ah! señores

hombres, señores hombres; ustedes se protegen los unos á los otros; han formado ustedes una sociedad de seguros mútuos contra el bello sexo; pues bien, nosotras nos defenderemos, nosotras haremos valer nuestros derechos. Señor Santiago, prepare usted sus cuentas; antes de ponerse el sol será usted pagado y saldrá usted de esta casa para no volver á poner los pies en su recinto.

SANT. Lo que es eso lo veremos; yo no me voy tan ainas. (Se va sollozando.)

ESCENA IV.

DICHOS, menos SANTIAGO.

RUF. No pensemos mas en ese jardinero; estas cosas entristecen, y en el dia de mi santo es preciso estar alegre.

ILDEF. Tiene usted razon, no manchemos nuestro pensamiento en el espectáculo de ciertas miserias sociales. La naturaleza nos convida, gocemos del perfume de las flores y de las caricias del céfiro.

MARG. Eso es; demos una vuelta por el jardin.

RUF. Vamos al cenador, si á ustedes les parece.

MARG. Sí; al cenador, al cenador; dónde está mi sombrilla?

RUF. Voy á buscarla y te la llevo al momento, querida.

MARG. Bien, pero no tardes, Rufino.

RUF. Dos minutos, dos minutos no mas y soy contigo. (Se van Margarita é Ildefonsa.)

ESCENA V.

RUFINO.

Por fin estoy tranquilo; respiremos libremente. Ayer antes de salir de Madrid, fuí á ver al director de *La Correspondencia* y le dije: «Caballero, usted es un hombre sensible; por consideracion á un comerciante aprecia-

bilísimo que ha tenido un desliz, pero no por eso ha dejado de ser apreciabilísimo, por el honor del comercio madrileño, no dé usted al viento de la publicidad los misterios del corazon humano, no añada usted el escándalo á la desventura.» Á lo cual me contestó aquel digno publicista: «No sé de qué me habla usted, pero suceda lo que quiera, duerma usted á pierna suelta, yo romperia mi pluma, antes que hacer verter una lágrima á un mercader de telas.» Oh! alma magnánima. Oh! abnegacion sublime! Tú tendrás la recompensa en la otra vida. Voy á buscar la sombrilla!

ESCENA VI.

PEPITA, con sombrero y manteleta de seda.

Esta debe ser la quinta, adonde vendrá hoy mi marido, segun he sabido por su criado, si es que ya no ha venido. Infame? Despues de la escena del otro dia, en que inútilmente procuré despertar sus celos, para atraerle á mi cariño, todo me indica que quiere á otra mujer y que por eso se ha separado de mí. Parece que la dueña de esta quinta es jóven y bonita. Si fuera ella por quien me abandona Ramiro! Oh! entonces, por Dios que habia de sacarle los ojos á ese... Pero orientémonos de esta casa y busquemos un criado que me oculte en un sitio conveniente para estar á la mira, dándole una buena propina. (Váse.)

ESCENA VII.

RUFINO, luego PEPITA.

No encuentro ese chisme; y mi mujer que lo está esperando! Pobrecilla! Me parece que la quiero mas desde que he estado á punto de querer á otra. Por fin esa otra ya no existe. Respetemos sus cenizas. Á estas horas...

(Mirando al reloj.) Las doce, sí, la ceremonia debe ser á las doce. Á estas horas las campanas darán al viento su lúgubre sonido. Din! din! din! din! Una multitud piadosa... Dónde diablos estará la sombrilla? (Busca y la encuentra debajo de los papeles de música.) Ah! aquí está... Una multitud piadosa rodeará el féretro donde descansan sus restos. Desgraciada! Yo no deseaba su muerte, no, no: porque no hubiera sucedido, daria... daria... diez duros... Pero en fin es un hecho consumado... sometámonos á los decretos del destino. (Sale Pepita agitada.)

PEPITA. No encuentro á ningun criado, y si me viesen...

RUF. Cielos! (Viendo á Pepa.)

PEPITA. Dios mio!

RUF. Es esto un sueño ó una pesadilla?

PEPITA. Usted aquí?

RUF. Y usted...

PEPITA. Yo misma.

RUF. Pero está usted viva ó muerta?

PEPITA. Viva y muy viva.

RUF. Entonces no se mató usted?

PEPITA. Por fortuna mia.

RUF. Señora, usted tiene siete vidas como los gatos.

PEPITA. Caí sobre un carro de heno y ni siquiera me hice daño.

RUF. (Y yo que tenia la simpleza. Oh! ahora daria veinticinco duros porque se hubiese...)

PEPITA. No parece sino que usted lo siente.

RUF. Señora, es una picardia. Usted me ha engañado; usted me ha faltado á la palabra... Me prometió usted matarse... y...

PEPITA. Fuí una tonta, ahora lo conozco, debo vivir, y viviré, aunque no sea mas que para tormento de mi marido.

RUF. Su marido de usted! Pero á quien usted atormenta es á mí; á mí á quien persigue por todas partes, á quien no deja ni á sol ni á sombra, á quien...

PEPITA. Eh? Quién piensa en usted?

RUF. Ah! No piensa usted en mí? Me alegro en el alma. Se-

ñora, esta casa está á la disposicion de usted, pero no puede usted permanecer en ella.

PEPITA. Por qué? (Se sienta.)

RUF. Por qué? porque, porque es mia y no quiero exponerme...

PEPITA. Ah! Es de usted. Sea enhorabuena.

RUF. Pero señora, ha comprendido usted que su presencia aquí me desagrada, me altera, me compromete?...

PEPITA. Por qué?

RUF. Por qué?... porque... (Esta mujer me frie con sus preguntas.) Porque soy casado.

PEPITA. Casado! (Levantándose.) Y me ha dirigido usted declaraciones apasionadas?

RUF. Apasionadas, no; eso no.

PEPITA. Y se ha atrevido usted á pedirme mi mano...

RUF. Yo, yo pedirle á usted su mano?

PEPITA. Niéguelo usted, niéguelo usted, si se atreve.

RUF. Concluyamos, señora. Yo no la conozco á usted. La encontré en la casa de mi pastelero, la presté á usted tres pesetas. Me las ha devuelto usted, estamos pagados. Quiere usted recibo?

PEPITA. Eh? Déjeme usted en paz.

RUF. (No hay mas, me va á perder esta prójima.) Señora, tenga usted piedad de mí; mire usted que tengo una suegra como un Cancerbero; mire usted que estoy espiado, celado con un guarda de vista, como el Lego de los Majiares, Váyase usted en nombre del cielo. Váyase usted. Ah! ya es tarde. (Se oye hablar dentro.) Vienen hácia aquí; ocúltese usted, ocúltese usted, por Dios, en ese gabinete. (Abre la primera puerta izquierda.)

PEPITA. Pero...

RUF. Es mi suegra; el Cancerbero. (La empuja.)

PEPITA. Ah! (Entra en el gabinete. Rufino cierra y entra Margarita por el foro.)

RUF. Margarita! mi mujer. Ya era tiempo.

ESCENA VIII.

RUFINO y MARGARITA.

MARG. Qué haces que no vienes, Rufino?

RUF. Yo... nada. Buscando tu sombrilla. (Turbado.)

MARG. Si la tienes en la mano.

RUF. Calla! Pues es verdad! (Se la da.) No sé lo que me pesco...

MARG. Gracias, amable marido. En cambio voy á hacerte un regalo, toma. (Le da un gorro griego.)

RUF. Un gorro griego! Y qué bonito! Qué lindo!

MARG. Le he bordado yo misma para tí el dia de tu santo, y como es hoy...

RUF. Qué buena eres!

MARG. Vamos! No me das las gracias? (Abrazándole.)

RUF. Querida Margarita! (Abrazándola.) Nada menos que un gorro griego?

MARG. Sí; porque te amo, Rufino. Algunas veces, lo confieso, soy un poco exigente, un poco voluntariosa, pero es porque tengo celos.

RUF. Celos! (Si supiese lo que hay detras de esa tapia!)

MARG. No es verdad, Rufino mio, que me amas á pesar de mis defectos?

RUF. Si te amo... eh! si te amo. (Me ha hecho un gorro la pobrecita!)

MARG. Ven, voy á ponértele yo misma. (Lo hace.)

RUF. Y me lo pone?

MARG. Mírate ahora al espejo.

RUF. Ajá! me sienta muy bien, verdad?

MARG. Sí. Seis semanas he tardado en hacerle á ratos perdidos y á hurtadillas para darte una sorpresa. Mira, Rufino, solo una cosa no te perdonaria y es...

RUF. Qué?

MARG. Que me engañases.

RUF. Vaya unas ideas. (Mira á la puerta del gabinete.)

MARG. Pero tú no eres capaz de hacer eso, verdad?

RUF. Yo, yo engañarte!

MARG. Vamos, ven á buscar á mamá.

RUF. Vete tú, yo iré luego.

MARG. Por qué?

RUF. Me duele la cabeza.

MARG. De veras?

RUF. Sí; voy á tomar un vaso de agua con azucar y un poco de azahar.

MARG. Estás malo? Quieres que me quede?

RUF. No; no es nada. Anda con tu mamá; dentro de cinco minutos estaré á vuestro lado.

MARG. No me engañas?

RUF. No.

MARG. Entonces me vuelvo al jardin. Te ha gustado mi regalo?

RUF. Mucho.

MARG. Ah! cuánto me alegro y qué contenta estoy! (Váse.)

ESCENA IX.

RUFINO, PEPITA, luego SANTIAGO.

RUF. Ye se aleja. No hay tiempo que perder. (Abre el gabinete.) Señora, ya lo ve usted, tiene usted en su manos mi felicidad, el reposo de mi familia.

PEPITA. Pero caballero, yo no he venido por usted.

RUF. Pues por quién?

PEPITA. Por mi marido.

RUF. Su marido de usted no está aquí.

PEPITA. Entonces el mayor favor que puede usted hacerme, es sacarme de esta casa.

RUF. De veras? Oh! mujer generosa, me devuelve usted la vida. (Sale Santiago.)

SANT. Oh! (Viendo á Pepita.)

RUF. El jardinero!

PEPITA. Cielos! (Entra en el gabinete.)

SANT. (Paese que el amo tie tambien sus trapicheos.)

RUF. Qué es eso? quién te ha llamado? A qué has venido?

SANT. Es que yo no sabia que estuiese su mercé tan ocupao...

RUF. Cómo? Tú has visto?...

SANT. Con estos ojos que se han de tragar á la tierra.

RUF. (Que no hubieras cegado!)

SANT. Ahora me parece que no hay motivo pa echarme... porque lo que le diré á la ama... cuando el guardian retoza...

RUF. Calla, desgraciado! (Es capaz de denunciarme á mi suegra.)

SANT. Yo... si usted me asegura la plaza...

RUF. Bien está; yo veré, yo haré un esfuerzo.

MARG. Rufino! (Dentro.)

ILDEF. Señor yerno! (Id.)

RUF. Me llaman. Santiago, quédate aquí, haz salir á esa señora y te cubriré de oro y diamantes.

MARG. Pero no vienes, Rufino?

RUF. Hazla salir, Santiago, ó te levanto la tapa de los sesos. (Váse.)

ESCENA X.

SATIAGO, luego PEPITA, despues RAMIRO.

SANT. Canastos! El amo está hecho un perro rabioso. (Abre la puerta del gabinete.) Vamos, señora; no pué usted seguir aquí. Hay suegras en la costa.

PEPITA. Sí; basta de jugar al escondite. adios. (Va hácia al foro.)

RAM. Hola! No hay nadie en la casa? Andrés! ¡Perico! Bartolo! Dónde diablos anda esta gente?

PEPITA. Mi marido! desde aquí podré. (Entra en el gabinete y cierra.)

SANT. Calla! Y se mete otra vez en chirona... (Sale Ramiro con un tiesto de flores.)

RAM. No se ve un alma por ninguna parte. Ah! aquí hay un

criado. Dime, dónde está tu amo?

SANT. El amo! (Mirándole con ojos espantados.)

RAM. Sí; por qué me miras con esos ojos tan espantados? Imbécil? Yo soy su amigo, su amigo íntimo. Está en casa?

SANT. Sí; sí señor.

RAM. Pues bien, vé á buscarle.

SANT. Buscarle! Sí; para eso estoy yo ahora; tengo que sacar primero á una dama.

RAM. Á una dama?

SANT. Sí, á una dama que está ahí encerrada en ese gabinete.

RAM. Calla! Si será la de los pasteles? (Deja el tiesto en un velador.)

ESCENA XI.

DICHOS y RUFINO.

RUF. Se fué? (Á Santiago.)

SANT. Sí; en eso piensa.

RAM. Buenos dias, chico. (Dándole la mano.)

RUF. Ramiro! (Aturdido.)

SANT. Qué demonio! Allá se las campaneen. (Váse.)

RUF. (Él aquí, no me faltaba más que esto.)

RAM. Qué tienes? Te has quedado absorto.

RUF. Yo... ah!... sí... te diré... la sorpresa... como no te esperaba...

RAM. No es hoy san Rufino? Permíteme felicitarte los dias ofreciéndote este débil tributo de mi cariño. (Le presenta el tiesto.)

RUF. (Que no te llevara el diablo.)

RAM. No te gusta? Mira, mira qué flores tan bonitas!

RUF. Sí, sí. (Y su mujer, que está ahí, vaya un apuro.) Gracias, mi querido Ramiro, mil gracias. Agradezco mucho tu recuerdo, pero en este momento...

RAM. Si ya sé que está ahí...

RUF. Quién?...

RAM. Quién ha de ser? Tu dama de los pasteles, la señora de

las tres pesetas.

RUF. Cómo? Quién te ha dicho?...

RAM. El jardinero.

RUF. (Animal!)

RAM. Pero tranquilízate, aquí estoy yo para ayudarte.

RUF. Tú!

RAM. Ya encontraremos entre los dos un medio de hacerla salir sin que nadie la vea. Yo me encargo de eso.

RUF. No; no necesito de tí: vete.

RAM. Qué me vaya?...

RUF. Sí; puede venir mi suegra: ponte en el jardin de centinela.

RAM. En el jardin?

RUF. Sí; y si la vieja quiere venir hácia esta parte, se lo impides.

RAM. Cómo?

RUF. Échala al estanque, si es preciso; en fin, componte como puedas.

RAM. Bien, allá voy. (Váse.)

RUF. Oh! á mí me va á dar algo de fijo. (Abre el gabinete.) Salga usted, señora, salga usted.

ESCENA XII.

RUFINO, PEPITA, despues RAMIRO.

PEPITA. Sí; porque en ese cuarto me ahogo: hace un calor insoportable. (Deja el sombrero en una silla y se desabrocha la manteleta.)

RUF. Vamos, despáchese usted.

PEPITA. Oh! déjeme usted respirar un poco. (Quitándose la manteleta y sentándose.) Aquí está mas fresco.

RUF. Ya respirará usted el aire libre: váyase usted.

PEPITA. No; he cambiado de parecer. Sé que está aquí mi marido.

RUF. Por eso mismo.

PEPITA. Quiero averiguar á qué ha venido.

RUF. Pero señora...

PEPITA. Y si es por alguna mujer...

RUF. Por las once mil vírgenes, que puede venir mi suegra...

PEPITA. No importa.

RAM. (Cantando en el jardin la música de Jugar con fuego.)

«Que viene el enemigo,
alerta compañeros.»

RUF. Ahí está ya.

PEPITA. La voz de Ramiro. (Alegre.)

RUF. Qué hace usted ahí?

PEPITA. Escondámonos de nuevo. (Entra en el gabinete y deja olvidados manteleta y sombrero. Sale Ramiro.)

RAM. Tu suegra se acerca.

RUF. Ah! (Viendo el sombrero, lo oculta en el pecho.).

RAM. Diantre! (Coge la manteleta y se la pone en la espalda debajo del levitln.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, DOÑA ILDEFONSA.

ILDEF. Pero dónde se mete usted, señor yerno? Se está usted con esa calma mientras su mujer de usted le espera en el cenador?

RUF. Perdone usted, mamá; estaba hablando con...

ILDEF. (Otra vez ese hombre!) Usted aquí, caballero?

RAM. Si señora. (Con amabilidad.) Habia salido á paseo esta mañana á caballo como de costumbre, cuando me acordé...

RUF. De que eran hoy mis dias.

RAM. Pues; y no quise dejar pasar esta solemnidad de familia.

ILDEF. (Habrá tenido la avilantez de convidarse.)

RUF. Es una atencion que yo agradezco. Oh! Ya verá usted, ya verá usted, mamá: brindará en los postres á mi salud, á la de usted; nos cantará alguna coplilla de circunstancias. Eh? No es verdad? (Se pasea con las manos

en los bolsillos.)

ILDEF. Cielos! (Reparando en las cintas del sombrero que le cuelgan á Rufino.)

RUF. Qué?

RAM. Ay!

ILDEF. Esas cintas...

RUF. Ay!

ILDEF. Sí; son de un sombrero de mujer. Señor yerno, qué significa?

RUF. Cómo! qué? (Cruza los brazos.)

ILDEF. Nada de subterfugios. Á mí me gustan las situaciones despejadas.

RUF. (Qué la digo?) Pues bien, mamá, es...

ILDEF. Qué? vamos.

RUF. Es una sorpresa que preparaba á Margarita.

RAM. Á su mujer. (Apoyando.)

ILDEF. Una sorpresa?...

RUF. Si; un regalo. Una linda capota que la destino para el dia de mi santo.

IDELF. Dios mio! (Observando á Ramiro.)

RAM. Qué es eso, señora?

ILDEF. Se ha vuelto usted jorobado? (Dando vueltas alrededor de él.)

RAM. Jorobado yo?

RUF. Jorobado él? Ramiro?

ILDEF. No hay duda; esa protuberancia...

RAM. Ah! Yo le diré á usted, como soy cazador, á fuerza de encorbarme para apuntar....

RUF. Sí; eso desfigura mucho.

RAM. Me he quedado asi, como un arco.

RUF. Pues.

ILDEF. Hum! aquí hay gato encerrado. Voy á buscar á mi hija. (Váse.)

ESCENA XIV.

RUFINO, RAMIRO, luego TERESA.

RAM. Por fin nos deja libres, aprovechemos la ocasion.
RUF. Imposible!
RAM. Por qué?
RUF. Mira. (Saca la capota abollada.)
RAM. Diantre!
RUF. Esto ya no es capota, es una galleta: y esta maldita mujer no puede irse sin sombrero.
RAM. Tienes razon. (Sale Teresa.)
TERESA. Señora! señora!
RUF. Teresa, qué es eso? Qué vienes á hacer aquí?
TERESA. Perdone usted, señor, buscaba...
RUF. Á mi mujer? Está en el cenador; vete.
RAM. No; quédate.
RUF. Cómo?
RAM. Déjame hacer, tengo una idea. Díme, jóven camarera, tú debes tener un gorro.
TERESA. Un gorro? Un gorro yo?
RAM. Sí; un sombrero.
RUF. Por fuerza; todas las doncellas de servicio gastan ya sombrero.
RAM. Es claro.
TERESA. (Y doña Ildefonsa que me regañó el otro dia por ir demasiado maja). Un sombrero yo? No señor.
RUF. Con que no tienes sombrero?
RAM. Cómo! Para ir á Capellanes?...
TERESA. Si yo no voy á Capellanes.
RAM. Ni sombrero, ni Capellanes! Oh! doncella inverosímil!
RUF. Teresa, no mientas; un sombrero y pronto.
TERESA. Pero señor, le juro á usted...
RUF. Una capota, desgraciada, ó eres muerta.
TERESA. Misericordia! Acusarme á mí de tener capota!
RUF. Teresa!

RAM. Cállate, yo la haré cantar. Mira, sabes tú lo que es esto? (La enseña una moneda de cinco duros.)

TERESA. Es una moneda de cinco duros.

RAM. (Se guarda la moneda.) Pues bien: tu amo te dará otra igual, para comprarte un gorro, si consientes en prestarnos el que tienes. Eh? Qué te parece? (A Rufino.)

TERESA. De veras, señor?

RUF. Sí; aquí lo tienes. (Le da dinero.)

TERESA. Pero ese sombrero, para quién es?

RUF. Qué te importa?

TERESA. Es para alguna señora?

RUF. Próbablemente. Para una señora á quien tú puedes salvar.

TERESA. Ah! Pues si se trata de hacer un favor, tengo cuatro.

RAM. Cuatro sombreros?

TERESA. Cuatro.

RUF. Anda, anda.

TERESA. Voy corriendo, señor. (Váse.)

RUF. Vencimos!

RAM. Estamos salvados!

RUF. Tatara, rara, rariro,
tirarira, tirarira.

(Bailando y cantando el coro de locos. Pepita entreabre la puerta y doña Ilde fonsa sale por el foro.)

ILDEF. Ah!

PEPITA. Oh! (Cierra la puerta.)

RAM. y RUF. Cielos!

RUF. La cabeza de Medusa!

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA ILDEFONSA, luego MARGARITA y despues TERESA.

ILDEF. Aquí hay una mujer!

RAM. Nos pilló!

MARG. Una mujer!

RUF. No; no lo creas.

ILDEF. La he visto yo con estos ojos. (Se dirige á abrir el gabinete.)

RAM. Es un error.

MARG. Semejante traicion seria horrible!

RUF. Margarita, yo te juro... (Sale Teresa con una capota.)

TERESA. Aquí está el gorro para esa señora. (Se detiene cortada.)

RAM. (Pataplum!)

RUF. (Tiró el diablo de la manta.)

ILDEF. Lo oyen ustedes! (Coge la capota.)

MARG. Niéguelo usted ahora. (Á Rufino.)

ILDEF. (Le presenta el sombrero.) Aquí de las Decretales y de las leyes de Partida. (Lo tira; lo coge Teresa y se va.)

MARG. Sí; usaré de mi derecho. (Sollozando.)

IBDEF. Y harás muy bien.

MARG. Quiero una separacion.

RUF. Margarita, querida esposa... (Suplicando.)

ILDEF. Una separacion judicial.

RUF. Mamá!

ILDEF. Introducir una mujer advenediza en el domicilio conyugal!

MARG. Es indigno!

ILDEF. Es monstruoso!

RAM. (Es preciso salvarle por un golpe de mano). Pues bien; sí, aquí hay una mujer.

RUF. Eh?

RAM. (Calla, voy á salvarte.) (Á Rufino.) Pero esa mujer no ha venido por mi amigo.

MARG. Cómo!

ILDEF. Mentira!

RAM. Y la prueba es que esa mujer...

LAS DOS. Y bien?

RAM. (Audacia!) Esa mujer es la mia.

RUF. Qué dice?

LAS DOS. La de usted?

RAM. Pido á ustedes permiso para presentársela. (Va al gabinete.) Sal, querida, sal. (Sale Pepita.)

ESCENA XVI.

DICHOS, PEPITA, luego SANTIAGO.

PEPITA. Aquí me tienes.

RAM. Mi mujer!

ILDEF. (Á Ramiro.) Y bien, señor mio, por qué esa sorpresa? No lo sabia usted?

RAM. Seguramente, lo sabia, vaya si lo sabia! (Esta sí que es gorda!)

PEPITA. Sí; su mujer, que sospechando alguna traicion y devorada por los celos, le ha seguido á Carabanchel y se ha ocultado para espiarle.

ILDEF. Siendo asi, caballero, cumpla usted su deber.

RUF. Eso es; cumple tu deber.

PEPITA. Oveja descarriada, vuelve al redil.

RAM. (Rascándose la cabeza.) Canario! Siento aquí un dolor...

RUF. Que tardas?

RAM. (Ap. á Rufino.) (Dime; en aquellos pasteles... no hubo...)

RUF. Chico! crema pura, crema pura.

RAM. Es decir que mi mujer...

RUF. Casta, amigo mio; casta como la misma Susana.

RAM. (Bajo á Rufino.) De veras?

RUF. (Id.) Te lo juro.

RAM. Ay! Qué peso me quitas de encima! En fin recobro mi costilla. (Á Pepita.) Querida, yo he cometido faltas, pero las olvido. (Tendiéndola los brazos.)

PEPITA. (Abrazándole.) Ah!

RUF. Lo ves, Margarita?

MARG. (Le abraza.) Y yo te acusaba... (Sale Santiago.)

SANT. Hola! Parece que todos se arreglan... y yo?...

TODOS. Santiago!

SANT. No hay perdon pa mí? La Colasa no cesaba de hacerme cosquillas.

RUF. Mamá, es una circunstancia atenuante.

RAM. Sí; á gran pecado, gran misericordia.

MARG. Amnistia general.

ILDF. Si me promete no hacerlo mas...

SANT. Yo? Nunca. (Hasta la primera.)

ILDF. Entonces...

RUF. Sí; porque la verdad sea dicha; las infidelidades, los trapicheos, los amorios por detras de la iglesia, hé aquí lo que puede llamarse, EL SUPLICIO DE UN HOMBRE.

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 15 de Diciembre de 1865.

El censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
¡María! ó la Emparedada.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tmuido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por el.
Para heridas las de honor, o el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premios y catigo, ó la conquista de Ronda.

¡Que convido al Coronell...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo

Su imagen.
Se salvó el honor
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.

Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre Eno.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, o los bandidos de la serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.

. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Miedos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
Postillon de la Rioja (*Música*)
Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

3 0112 115876895

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.